

# índice

60  
cents.

COMITE DIRECTIVO:  
Mariano Picón-Salas, Raúl Silva Castro,  
Ricardo A. Latcham, Eugenio González,  
José Manuel Sánchez.

SANTIAGO DE CHILE, OCTUBRE DE 1930  
Año I. Núm. 7.

ORGANO DEL GRUPO "INDICE"  
Mensuario de cultura actual, información,  
crítica y bibliografía.  
DIRECCION POSTAL: Clasificador 24-A.

## VISION DE PORTALES (1)

Si sus ojos fueron, en definitiva, claros u oscuros, es cosa que habrá algún día de discutirse gravemente en cenáculos de eruditos; cuando la investigación de lo que la historia de los grandes estima grande se agota, la curiosidad investigadora se desmenuza en lo pequeño; ya en el estudio actual de Napoleón sus ojos no ofrecen más incógnitas que las posiciones de los

ejércitos en Waterloo, y a los investigadores no les quedan ahora otros ojos con rincones de misterio que los de la Grassini, o la Walewska u otra de las tantas amantes del Emperador.

Pero no, no somos eruditos en este momento, no somos siquiera investigadores; soy yo por lo menos — y a mi nivel os invito a descender — un simple pero apasiona-

do curioso de lo humano, y junto con un héroe y con un conductor de nación, hay en Portales un hombre, un hombre con todas las vibraciones múltiples y hasta incoherentes que puede irradiar un cuerpo de hombre.

Y entonces, sin alardes de investigación, podremos charlar de él con sencillez, de lo que ordinaria-

mente se estima grande y de lo que ante la historia podría aparecer pequeño, y hasta interesarnos porque nos digan cuál fué el color de sus ojos.

Bajo una frente prominente y espaciosa, cuyo borde inferior subra-

(1) Lectura hecha en la reunión de Índice del día 25 de setiembre último.



Madera  
de  
Marta  
Vi-  
lla-  
nue-  
va

Escriben: Alfonso Bulnes, A. Torres Ríoseco, Eugenio González, Mario de Andrade, Héctor Fuenzalida, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, José Manuel Sánchez. — Página de Poesía. Cuento. Documento literario. Espectáculos. Libros. Artes plásticas. Política americana.

yaban unas cejas delgadas, brillaban los ojos, que unos vieron de iris claro, otros azul oscuro, y otros de un azul hermoso. Quizá todos, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna y Walker Martínez, estén bien informados y en posesión de una misma verdad, aunque momentáneamente contradictoria: ante los hombres debió siempre de ser condicionada esa mirada y del matiz de su terciopelo acaso solamente las mujeres que en sus pupilas se retrataron pudieran decirnos la verdad permanente.

Fuerte y fino era el óvalo de su rostro; la escasa carnadura pálida cubría sin ocultarla la noble arquitectura de los huesos; igualmente pálidos y febriles dejaban las vigiliadas el rostro del asceta y del libertino, y la naturaleza no parece interesarse en las clasificaciones morales que nosotros hacemos.

Larga, recia y aguzada la nariz, con sus cavidades abiertas más de lo común; en sus bordes aleteaba la sensibilidad, cuando en las pupilas chispeaba la pasión y en la fisonomía móvil se contraían las mejillas.

Y con la nariz, las mejillas y los ojos, serpenteaba levemente la línea de los labios, tiranteada a sus horas por el deseo, la complacencia o el sarcasmo.

¿Quién podría, pues, y para qué, tratar de fijar una sola realidad objetiva de las facciones en una fisonomía cuya funcional realidad fue el cambio sutil y permanente?

Era airoso y siempre rápido en el andar su cuerpo delgado y flexible; no muy alto, bien construido pero fino de proporciones. Su voz era limpia y varonil, y el hablar irrumpía precipitado por la tonalidad vehemente del espíritu.

Esa es la visión demasiado fugaz que la historia nos ofrece del joven calavera en sus días de omnipotencia.

Poco, muy poco después, cambió la visión. Al atardecer de un día de mediados de julio de 1837 desembocaba en la ciudad por el camino que viene de Valparaíso una larga caravana de gente armada, tras de un birlocho en el que se distinguía un ataúd y resonaban chocándose unos grillos. Era invierno cerrado, los caminos se habían hecho lodazales, pero nadie había desertado ni tratado de escapar a las inclemencias de la jornada de ocho días que en ese momento terminaba. Pernoctó en los arrabales la fúnebre caravana, y a la mañana siguiente penetraba en la ciudad, saludada por isócronas descargas de cañón.

Dentro del ataúd venía el hombre aquí del rostro empalidecido y del andar flexible; la pólvora había quemado la mejilla izquierda; una bala había triturado en astillas la quijada inferior, desgarrado el opuesto ángulo labial y aún destruido una parte de la opuesta mejilla; otra bala había perforado el tronco y deshecho una parte del

## V i s i o n e s d e

pulmón y arrasado algunas costillas; treinta y cinco heridas cubrían el cuerpo, bayonetazos las más, estocadas algunas.

De cuarto en cuarto de hora, el cañón tronaba. Un mes después de aquel suceso, civiles y militares al servicio de la nación aún vestían de luto oficial. Y otro mes había de pasar para que el principal periódico abandonase la orla enlutada que desde junio venía recordando el duelo del país.

Si queremos comprender algo del paradójico espíritu de Portales, necesitamos echar una mirada a los materiales humanos que lo engendraron, ya que en la mayor de las originalidades psíquicas que el mundo puede ofrecernos siempre hallaremos, rastreándolas, revisitas, repeticiones de espíritus que fueron. Reviviscencia o repetición; nada hay totalmente nuevo bajo el sol; reviviscencia o repetición, y el resto lo hacen las circunstancias en que el repetidor viene a actuar.

Ni el nombre de pila que le colgaron para la vida era virgen: Diego Portales era ya una especie de fórmula permanente en nuestra sociedad colonial. Y era un nombre con contenido propio, con acervo hereditario. ¿Cuál era ese contenido?

El instinto español de conquista, junto con la fuerza que trajo para sostener a España en América, e instuyendo que la fuerza es deleznable factor temporal si al servicio de ella no se crea la mística de la autoridad, y con ese realismo que era también básico en la psicología hispana, trajo la mística en exterioridades sensibles, en fórmulas verbales y en una minuciosa reglamentación de la vida de los funcionarios altos en quien se delegaba en América la autoridad real.

Y acaso, en Chile, excepción hecha del Gobernador, y dentro de su órbita, de los Obispos, nadie personificaba más la mística de la monarquía y por ende la mística en abstracto de toda autoridad, que los Oidores de la Real Audiencia. Su vestir aparatoso de ceremonia, su tratamiento en fórmulas hieráticas, el aislamiento absoluto en que debían vivir, la conciencia de depositarios del don divino de juzgar que la ley les inculcaba, todo concluía por convencerlos a ellos y por convencer a la masa que les rodeaba de que estaban, por encargo providencial, lejos y por encima de todos.

Y un don Diego Portales, ya un siglo antes del don Diego que fundó la República ordenada, vestía en Santiago el traje talar de Oidor, con mangas y sobrecuello a manera de esclavina, y dispensaba al oscuro vecindario la decisión de justo o injusto que de derecho natural correspondía a Dios.

Tras de las altas funciones de la justicia, se asociaron al nombre de Portales, en las postrimerías de la sociedad colonial, responsabilidades administrativas que, en aquel entonces, conferían también superioridad: la recelosa hacienda monárquica no entregaba sino en manos muy calificadas la acuñación de los metales en sus distantes posesiones de América, y muy dignas de la confianza real debieron de estimarse las nuevas generaciones de Portales para que la Corte de España encomendara sucesivamente a dos de sus miembros la Superintendencia de la Casa de Moneda, recientemente convertida en repartición administrativa y desempeñada por tan relumbrante personaje como fué el Conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano.

Con la sangre de tres generaciones entraron fluyendo en las venas del último don Diego de la familia el hábito de la autoridad, el sentido del orden, la conciencia de la ajena y elevada confianza, todo aquello que no hace deseable el poder, porque crea la ilusión de tenerlo latente, y que arrastra fatalmente a ejercitarlo cuando el poder vuelve en realidad a ponerse al alcance.

Y aquella permanencia de la familia al frente de la industria más valiosa del Estado explica también quizás, junto con otros factores circunstanciales del ambiente, el que don Diego Portales, el futuro dominador, ligase la mayor parte de su giro comercial particular a operaciones de carácter fiscal.

Dominante y desproporcionado, como aparecía sobre las modestas viviendas del vecindario la mole piedra que levantó Toesca para la Casa de Moneda, debió de subsistir dentro de don Diego el innato instinto de autoridad creado en las conciencias de las generaciones a que pertenecieron sus mayores por el poderío español que, en la época en que don Diego nació, empezaba a hundirse en un crepúsculo sin retorno.

Resultó problema fácil a los revolucionarios de 1810 derribar el poderío secular de España; fácil problema el de destruir; más, mucho más difícil, el de restablecer.

Y pasaron después de 1810 muchos años sin que la flamante República de Chile pudiera comprobar esto más que a medias: el poder caído definitivamente en 1818 fué recibido, por la propia verticalidad del movimiento, en las manos del caudillo militar que había completado la destrucción. Muy por debajo quedaba el pueblo, la masa ciudadana. Y gobernar no es sólo mandar. Y el que destruye suele no ser el que sabe también restablecer.

Trece años después de 1810,

cinco años después de 1818, caído el soldado de la gloriosa liberación, rodó de sus manos hasta la colectividad ciudadana el poder que él había sustentado, y entonces por primera vez se presentó a la nación el gravísimo problema de encontrar manos capacitadas para la suprema misión de gobernar.

Seis años duró el ensayo; seis años duró la anárquica aunque poco sangrienta escaramuza entre los rudos capdillos militares, que bien sabían del gobierno aquella parte que es mandar, y los novicios políticos y teorizantes de asambleas, que creían que el gobierno llegaría a hacerse con papeles y con recetas importadas para delinear fachadas de arquitectura social.

Hasta que ce un bote dado en el trampolín de las realidades, saltó un hombre saturado de a tiridad.

Traía hecha en sangre la conciencia de ser solo y superior; traía el hábito de los balances, de mirarlo todo como un negocio, un simple negocio de mayor o menor entidad; no creía en las nociones abstractas que presiden el orden para quienes intentar racionarlo, pero creía en el orden y en su eficaz necesidad; no quería leyes ni fuerza bruta separadas sino, ya que él estaba rigiendo, regir. Después — ¡pero qué había de pensar aún en ese después un hombre de treinta y siete años! — cuando el hombre con temple de gobernante faltara, seguramente vendrían leyes a recetar en espera de otro hombre; después, si el hombre sucesor no aparecía y las leyes se volvían inertes o abusivas, ¡qué hacerle!, se recaería en la fuerza.

Por ahora, ya que estaba rigiendo, Portales regía y al regir restablecía la ya largo tiempo derrumbada autoridad.

Nada hay nuevo debajo del sol, ni pasa dos veces la misma agua por el río: un hombre con alma de gobernante había restablecido en Chile la autoridad perdida de esta tierra junto con salir de ella el soberano español; pero no era ya la autoridad con raíz mística que sostuvo a España, ni era tampoco una autoridad formulada en afrancesados o sajones preceptos, como la concebían los efímeros y malos avenidos constitucionalistas, ni era finalmente una autoridad ejercitada en voces de mando, como algunos militares la concebían. No era España ni país existente alguno el que volvía a exigir esta tierra.

Era la tierra misma, era su modalidad peculiarísima la que surgía en el nuevo gobernante; era el Criollismo.

Ahora, en la gran perspectiva de cien años, esa verdad relumbra; los hombres de 1830 no tenían perspectiva para apreciarla.

## INDICE

No supieron ver los ceremoniosos patricios de la aristocracia rural más que como una chabacanería lo que de pintoresco, nuevo y exclusivamente chileno había en las costumbres, en las maneras y en las frases del joven calavera trepado a la omnipotencia; no supieron mirar como regocijado espectáculo lo típico del marco que decoraba la vida del Ministro; menos calma espiritual tenían para verlo sus machucados adversarios. Y aún para sus partidarios vistió el Ministro el epíteto de loco.

No se había satisfecho en Santiago con la libertad política el apetito de libertad; se había creado en la juventud, al alcanzar la libertad nacional, un estado espiritual de liberación que irrumpió como siempre en las costumbres y en afán de jolgorio. Lejos de los sitios de las arduas discusiones políticas, las nuevas generaciones habían echado a vuelo las campanas de la locura, y por todas partes y en cada calle vecina a la plaza principal, se abrían cafés, fondas más lejos, y chinganas en los tolerantes barrios apartados. Era un crecundo de cantos, músicas y bailes que desvelaba al quieto vecindario. Creció también en los corrillos el rumor de que los establecimientos y las casas que tal bullanga nacían eran fomentados por el Ministro pelucón para distraer de la política al pipilaje.

Si así fué, habrá de reconocerse que bien supo compartir el Ministro las seductoras distracciones que brindaba a la oposición. Sin perjuicio de más reservados sitios y pasatiempos, viósele a él en todas partes, bajo los parrones donde se bailaba la zamba, en las salas donde cantaban las petorquinas, junto a las mesas de mailla, en las filarmónicas, en los mal alumbrados billares, en los teatros en que los cómicos solían, en medio del espectáculo — sin intención y cuando el ministro no se hallaba presente —, hacerle pueriles jugadas al gobierno, como cuando Morante, al cantar el "Tripilí, Trápala", el estribillo musical del momento, cambiaba el "peluquín, peluquín de Antón", por "peluquín, peluquín de Antón" entre aplausos del auditorio.

Era el Chile de poncho, el del arpa y la vihuela, el Chile del adjetivo energético y el del tono socarrón, que adquiría a la luz pública derecho de ciudadanía bajo la mirada cómplice de don Diego.

Nuestra historia chilena es una historia sin color; es un tema para dibujantes, grabadores o aguafuertistas, para los artistas del rasgo seco, recio y profundo, rebelde a toda paleta. Raza y medio físico se complementan e identifican en ese aspecto.

La tierra nuestra se expresa ante todo por la desigualdad; su

mayor belleza se la dan la ondulación, la quebradura, la eterna tendencia de la roca a hacerse valle y el repechar de la quebrada para hacerse ladera. Es una tierra que no reposa la porción que mayormente admiramos de nuestro territorio, la porción propiamente histórica de Chile, una tierra incapaz de horizontalidad. En la montaña nuestra, el sitio que pudiera ocupar el árbol lo decora el peñascos en inestable equilibrio, y si el árbol medra, defendiendo con espaldas su soledad. Todo es seco, sobrio, ceñido, el paisaje que llamamos chileno por encarnar la belleza más típica del estupendo sueño nuestro y porque allí formó su perfil la raza que, ya hecha, avanzó lentamente a anexar la llanura.

Con ese paisaje se identificaron la raza, las costumbres y nuestra historia; en vano buscaríamos en ellas la interpretación pintoresca, la mancha de color. Los hombres de nuestra historia, los hechos de nuestros hombres, los historiadores de nuestros hechos, todos son ceñidos y ásperos como la roca.

Y aquí se nos aparece una de las mayores seducciones de la vida de Portales; con él y alrededor de él, entra en la historia lo pintoresco.

El estadista bohemio, que alternó el ejercicio del poder con el arpa y la vihuela de la chingana criolla, es el hombre de las letras y de los sobre-nombres, del pasquín dicharachero en la oposición, el hombre de los jinetes, los domadores y los bufones; el hombre hasta en cuya tragedia final se agrupan elementos de color, como son las dominaciones de sugerencia cabalística de aquel paisaje de las Siete Hermanas — las siete colinas y las siete quebradas que sirvieron de escenario a la escaramuza y al asesinato — entre las cuales era inconfundible la Hermana Honda.

Las Siete Hermanas, la Hermana Honda: vamos llegando, por el camino de lo pintoresco a la tragedia. ¿Y no es cierto que se la sienta venir desde que comenzamos? ¿y no es cierto que ha estado latente en todo momento? La vida corriente de los hombres, la vida que llamamos burguesa, tiene un desarrollo lógico, explicado y gradual: se va tras de algo porque eso se apetece; se vive y se satisface de lo que se ha logrado, porque hay adecuación de alimento y apetito; la disconformidad puede ser de cantidad, nunca será de calidad del alimento. La vida corriente de los hombres, la vida que llamamos burguesa, no contiene los elementos grandes de que se forma la tragedia.

Comparad en Portales el esfuerzo, el logro y la satisfacción. Pri-

mero, el amor de juventud y el hogar formado, y la muerte que lo destroza con rapidez. Luego, su vida de comerciante, el empeño en los negocios, la lucha por la utilidad, ¿y para qué? ¿era acaso por el dinero? Ni tenía exigencias en qué gastarlo su vida sobria, ni era capaz de atesorarlo su desprendimiento; tanto menospreciaba el dinero, que ni sus sueldos quiso aceptar jamás; ganaba, podía seguir ganando, y siempre estaba pobre. Más tarde, el poder; lo ejerció, eliminó rivales, fué omnipotente, y el poder le repugnaba. Las mujeres y el amor volvieron a entrar en él; pudieron darle la ternura, la suavidad, la paz; apenas saciaban su sed violenta del momento.

Hay una antítesis constante en él entre apetencia y reacción; la hay también, y hacia el exterior, entre los móviles, los hechos y los resultados. De tales antítesis se forma toda tragedia.

El loco y el bohemio dieron a Chile la autoridad que los patriarcas, los sabios y los militares no supieron darle; el dictador de la República no podía llegar a Santiago sino a escondidas en los días de su omnipotencia; el hombre presentado como atropellador de libertades evacuaba en una carta la consulta de una madre sobre el matrimonio de su hija repitiéndole, una y otra vez, que ante todo había de contemplar las inclinaciones sentimentales de la hija; el representante oficial de la nación en la Vice-Presidencia y el amigo de juergas y tertulias, se reclusa en la vivienda más miserable de un campo desolado, a gozar del silencio y de la soledad; el gobernante que levantó un ejército para derribar en el exterior un foco de poderosa anarquía para los vecinos que lo albergaban, cayó asesinado por los miembros del propio ejército que él había levantado, y por última antítesis, la eliminación del hombre por el crimen, dejando huérfana la obra, logró afianzarla por treinta años con la sola virtud del horror público.

Sobre las Siete Hermanas había vertido ya el invierno de 1837 los primeros aguaceros, pero aún alternaban con los días en que las lluvias impregnaban los lomas y dejaban rodar hacia el fondo de las quebradas que entre ellos serpenteaban las aguas sobrantes, ciertos días en que el sol, calentando la tierra empapada, tendía sobre el verde de los cerros fertilizados esa luz dorada de nuestra costa, y solían también levantarse otras veces, a influencia del calor, los velos suaves de las nieblas.

Por lomas y quebradas serpenteaba el camino real que unía a Quillota con el Puerto, tardia-

mente transitado por misereros arrieros, a veces por fuerzas militares, y ahora también de ida y de regreso por un birlocho de viajeros que, al ir, llevaba a un hombre en plena omnipotencia y al regresar traía al mismo hombre con grillos de prisionero, toda aquella mudanza en el desproporcionado lapso de cuarenta y ocho horas.

Allí, en esa red de caminos y quebradas, entrecruzada por otra red más impalpable de sendas de travieso, vericuetos en que sólo los prácticos se aventuraban, había de desarrollarse la tragedia material, breve de horas, en que florecería el destino encarnado cuarenta y cuatro años en la vida del hombre que comentamos.

Sin decoración alguna de grandeza, bajo el alero de totoras de un rancho de Tabolango, el hombre que de un círculo de bayonetas homicidas que lo cercaron en la plaza de Quillota había sido traído en el birlocho al caserío escondido entre las Siete Hermanas, oyó la frase siniestra del Coronel Vidaurre, que anticipaba lo previsto y también lo imprevisto pero inevitable del próximo desenlace: — "Señor Ministro, ya el dado está tirado".

Más extensa que la red de quebradas, caminos y sendas de travieso, era la red de traiciones que en ese instante, aprisionando al Ministro, trataba de detener la expansión del poderío ordenador de Chile hacia el foco de anarquía continental que tenía creado en las Repúblicas vecinas el Protectorado de Santa Cruz.

Cuando en el rancho de Tabolango escuchó el Ministro el vaticinio siniestro, las armas de fuego de la nación habían iniciado la serie fátida de estampidos que un mes después aún no habría cesado en nuestro territorio: fué primero la ronca voz de alarma que propagó por la bahía de Valparaíso el cañón del castillo de San Antonio, al conocerse por las autoridades leales el motín de Quillota y la prisión del Ministro; fué después el tiroteo fratricida que avanzaba y retrocedía por las quebradas del Barón, hasta que reinó sobre el campo el silencio de la victoria justa; fueron, en los comienzos del encuentro, esos cuatro disparos que rayaron de rojo la media noche y dejaron tumbado en el camino y al pie de su birlocho el cuerpo inanimado de Portales; fueron más tarde los disparos ajusticiadores de la traición; fué finalmente el cañón del Santa Lucía que, un mes después, de cuarto en cuarto de hora, decía al vecindario de Santiago que el cadáver del hombre del busto flexible, del rostro empalidecido y de los ojos grises o de un azul hermoso, entraba ya en su morada definitiva, abierta prematuramente por el cobarde ensañamiento de un Capitán con nombre de moneda extranjera.

# NUOVA POESIA

Las excelentes traducciones de los poetas nuevos del Brasil que ha reunido recientemente en un volumen "9 Poetas nuevos del Brasil" (Lima, 1930) el poeta peruano Enrique Bustamante y Ballivián, nos dan oportunidad para inaugurar la página de la nueva poesía americana en que habíamos pensado.

Esta y las sucesivas páginas poéticas destinadas siempre a una nación determinada, tendrán así a más de su valor estético, un valor informativo nada desdenable. A la página del Brasil seguirán las páginas de Argentina, México, Perú, etc.

## RAZA (fragmento)

Nos. Blanco — verde — negro:  
El cuarto de huésped y la posada — la hamaca y el cigarro de paja — San Benedito y los espantos.  
Nos. El clan hacendero. Sombra fuerte de manglares en el suelo: recorte nítido de plataneros en el aire; hamacas flojas colgadas en los corredores de las haciendas, con zamponas contando leyendas bajo la luna; dueñas hacendosas haciendo la metienda — donaires, bocadillos —; altos mástiles de San Juan;  
y la vaca Estrella, y el perro Joly, y la yegua Sultana; y el bayo, el alazán, el pampa, el tordillo — pajaretos; y en la luz limpia de las mañanas sanas, picapeitos picando tabaco y discutiendo servidumbres, particiones y tierras; zafras pendientes, cabalgatas, heladas, carreteras arruinadas, invernaadas; y los carros de bueyes gimiendo y tosiendo y las azadas tropezando en las desmontadas;  
y la tierra tostada, la tierra recocida, la tierra reseca en el horno crepuscular de las quemadas  
para el renacimiento simétrico y verde de los cafetales en alejandrinos alineados en las cabezas parnasianas de las colinas peinadas con peines finos... Haciendas de todos los santos, letanías agrícolas cantadas por las ruedas de los trolleys  
con guardapolvos al viento, estallidos de arados, cobres a los muchachos, rechinar somnolento de tranqueras blandas;  
y disparadas por los atajos entre el monte y por el matorral hasta el portón...  
Y sobre las ruinas de la vieja tapera de tapia y paja, la ciudad que surge blanca de cal como un asombro.  
Y allí, en las tardes pintadas color de baúl — azul celeste, rosa y verde mar — la procesión.  
La procesión. Raza procesional. ¡Buen San Jesús de Pitapora!  
¡Nuestra Señora de la Aparecida!  
Vivanderas con tableros, vírgenes, ángeles, hermanos, romeros, promesas, milagros, subida y bajada  
por calvarios de tierra roja donde la iglesia achaparrada se arrodilla crucificada entre dos faroles;  
ladrones de besos en las esquinas de las morenas de pomarrosa entre rejas bajo los aleros de los caserones  
de azulejos y globos de vidrio, con siemprevivas en los jardines, jazmines en los miradores,  
caracoles y conchas en las cascadas tristes que cantan modiñas en las veladas brasileras...  
Chácaras de arrabal — solares de tierra golpeada agachados a la sombra sabrosa de los grandes huertos en flor;  
y abriéndose al sopor, atrás de los pórticos de fierro con galgos y leones de cemento, claraboyas de vidrios de colores,  
vihuelas en los morros mulatos — machichas políticas, toses, pitos y copas a la luz de los candeleros;  
cibetes, cervezas electorales — la promesa indolente — y el sueño con palpitaciones en las noches inquietantes...

GUILLERMO ALMEIDA

## EL POETA COME MANI

Noches pesadas de perfumes y calores amontonados...  
Fué el Sol quien por toda esta grandeza del Brasil anduvo marcando de moreno a los brasileros.  
Estoy pensando en los tiempos de antes de que yo naciera...  
La noche era para descansar. Las carcajadas blancas de los mulatos ¡Silencio! El Emperador medita sus versicicos.  
Los caramurus conspiran a sombra de los manglares ovales.  
Sólo los Creo en Dios Padres hermanaban a los hombres de mi país.

De una vez los cimarrones supieron que no había más esclavos, por causa de ello mucha virgen del rosario se perdió...  
Pero el desastre verdadero fué enmuñecar esta República temprana. Analfabetolandia mestiza...  
La gente aún no se sabía gobernar...  
Progresar, progresamos un pedazo que el progreso también es una fatalidad...  
Será lo que el Señor quisiera!...

Estoy con deseos de desastres...  
Estoy con deseos del Amazonas y de los vientos zancudos recostándose en la madera de los batientes...  
Tengo deseos de vihuelas y de soledades sin sentido...  
Tengo ganas de gemir y de morir Brasil...  
Masticado en la calidez sabrosa del mani...  
Hablando en una lengua niña,  
de palabras inciertas de remelada dulzura melancólica...  
Salen lentas, frescas trituradas por mis dientes buenos...  
mojan mis labios que dan besos, esparcidos y lentos  
y después semitonan sin malicia oraciones bien nacidas...  
Brasil amado, no porque sea Patria mía.  
Patria es acaso de migraciones y de pan nuestro donde Dios diera...  
Brasil que yo amo porque es el gesto de mi brazo aventurero, el grito de mis descansos,  
el balanceo de mis cánticos, de mis amores y de mis danzas.  
Brasil que yo soy porque es mi expresión muy graciosa, porque es mi sentimiento pachorrento,  
porque es mi manera de ganar dinero, de comer y de dormir.

MARIO DE ANDRADE

## EVOCACIÓN DE RECIFE

Recife,  
no la Venecia americana,  
no la Mauristaded de los armadores de las Indias Occidentales,  
no el Recife de los Mascates,  
ni siquiera el Recife que aprendí a amar después — Recife de las revoluciones libertarias —  
sino el Recife sin historia ni literatura.  
Recife y nada más.  
Recife de mi infancia.  
La calle de la Unión, donde yo jugaba al chicote quemado y rompía los vidrios  
(en la casa de doña Anita Viegas.  
Totonio Rodríguez era muy viejo y llevaba lentes en la punta de la nariz.  
Después de comer, la gente grande iba a la calzada con silleas, chismes, enamoras (ramientos y risotadas.  
La gente bromeaba en medio de la calle.  
Los chicos gritaban:  
Conejo sale,  
no sale.  
Y abajo las voces suaves de las chiquillas politonaban:  
Rosales, dadme una rosa,  
claveles, dadme un botón.  
(De esas rosas muchas rosas morirían en botón).  
De repente  
en las lejanías de la noche  
una campana.

Uno de los grandes decía:  
Fuego en San Antonio.  
Otro replicaba: San José.  
Totonio Rodríguez hallaba que era siempre en San José.  
Los hombres se ponían el sombrero y salían fumando.  
Y yo tenía rabia de ser chico porque no podía ir a ver el incendio.  
Calle de la Unión.  
Que lindos eran los nombres de las calles de mi infancia.  
Calle del Sol.  
(Tengo miedo que ahora se llame del doctor Fulano de Tal).  
Atrás de la casa quedaba la calle de la Saudade,  
a donde se iba a fumar a escondidas.  
Al lado de allá quedaba el muelle de la calle de la Aurora,  
a donde se iba a pescar a escondidas.

Capiberibe.  
Capiberibe.  
Y a lo lejos el montecito de Caxangá.

# DEL BRASIL

## LA MACUMBA-ZABUMBA

(TEMA NEGRO)

Baños, cuartos de caña.  
Un día vi a una moza desnudita en el baño.  
Quedé suspeso. El corazón saltando.  
Ella se río.  
Fué mi primer alumbramiento.  
Llena! Las llenas!  
Barros, buey muerto, árboles, destrozos, remolino: sumió.  
Y en los estribos del puente del fercocarril los caboclos audaces en jangadas de (plataneros).  
Novenas.  
Cabalgatas  
Me recosté en el seno de la chiquilla y ella comenzó a pasar la mano por mis (cabellos).  
Capiberibe.  
Capiberibe.  
Calle de la Unión por donde todas las tardes pasaba la negra de los plátanos, con (el chal vistoso de tela de la Costa).  
Y el vendedor de chancaca  
y de mani,  
que se llamaba manubí y no era tostado sino cocido.  
Recuerdo todos los pregones:  
Huevos frescos y baratos.  
Diez huevos por una pataca.  
Fué hace mucho tiempo.  
La vida no me llegaba por los diarios ni por los libros.  
Venía en la boca del pueblo, en la lengua errada del pueblo.  
Lengua cierta del pueblo.  
Porque es él quien habla con gusto el portugués del Brasil.  
Al paso que nos  
lo que hacemos  
es macaquear  
la sintaxis lusiada.  
La vida con una porción de cosas que no se entendían bien.  
Tierras que yo no sabía donde estaban.  
Recife.  
Calle de la Unión.  
La casa de mi abuelo.  
Nunca pensé que ella acabara.  
Todo allí parecía impregnado de eternidad.  
Recife.  
Mi abuelo muerto.  
Recife muerto. Recife bueno. Recife brasilerio como la casa de mi abuelo.

MANUEL BANDEIRA

## V O Z D E M E X I C O

He pasado dos meses en México. — Frescos de Diego Rivera en la Preparatoria, en Educación; escalera de Chapingo. Hoy en el Palacio de Cortés en Cuernavaca, tierra de Morrow — Pintor racial, que es escultor, arquitecto y filósofo. Se incrusta en la revolución. Le admiro el gesto vertical de sus frescos — Interés sociológico, humano, épico, si no estético — Julián Carrillo, el sonido trece, revolución mecánica instrumental, ansias pitagóricas y todo resuelto en un sistema más. Pero novedad autóctona. Lejos la tesis de Alfonso Reyes, para mi corolario. La figura sombrosa de Cenaro Estrada domina el horizonte. Retozan allí los "Contemporáneos". Dimi-

nuto, inquieto, orgulloso de burguesía y admirable Juan Ramón Jiménez — Ortiz de Montellano, caviloso, silencioso y amable va ensartando en su red figuras mínimas y las hace girar en un trompo de siete colores — Salvador Novo afila los 14 puñales de sus sonetos y se deleita en ingleses decirse.  
Anuncia viaje Pedro Henríquez Ureña — Malos vientos le traen — Gesto anacrónico en tierra en gestación — Lejos y cerca se muere de dolor José Vasconcelos, el centauro.  
A. Torres Riosoco  
Harvard, U. S. A. (Exclusivo para 'Indice').

MURILLO ARAUJO

## ESTRIDENCIAS ABORIGENES

La descortesía ante extranjeros ilustres ha sido en Chile uno de los peores signos de una deficiencia mental que suele lindar en lo patológico. Recuérdese que en Talca se silbó a Sarah Bernhardt y que el profesor Dumas se retiró de esta tierra consernado ante ciertas agresiones selváticas.

Ahora tenemos un nuevo signo que conviene relacionar con este sentimiento de un mal entendido nacionalismo. En un memorial presentado a S. E. el Presidente de la República con algunas sociedades obreras que poco o nada tienen que hacer con el arte chileno, y en el cual aparece el sospechoso aditamento de las firmas de Don Pablo Reszka y de Don Carlos Alegria, se solicita, entre otras cosas, que "la Dirección del Museo de Be-



llas Artes debe estar en poder de un artista chileno".

Este tiro de mampuesto para el pintor Pablo Vidor, que ha realizado ahí una labor vasta y honrada, no es ni noble ni sincero. El Sr. Reszka tiene más de polaco que de chileno, y el buen servicio de los museos y establecimientos culturales es primero cuestión de eficiencia que de nacionalidad. Así hemos visto que el organizador del Museo Nacional fué el naturalista Philippi y que Pablo Vidor ha conseguido realizar una exposición notable de la vieja pintura chilena. No debe olvidarse tampoco la acción de Rugendas y de Monvoisin, entre nosotros. Los cuadros de los citados pintores sorprendieron escenas y estampas chilenas que vivían más por su sentido criollo que las acarameladas y cursis producciones de ciertos pintores desplazados y eternos mangoneadores de una reacción artística que los beneficiaría exclusivamente con detrimento del progreso artístico de Chile.

Levantamos nuestra protesta por este concepto selvático y agresivo del nacionalismo y por este conato reaccionario con relación al Museo de Bellas Artes.

R. L.

## DOS POSICIONES ANTE LA CULTURA

Algunos corresponsales anónimos y diligentes, que nos demuestran simpatía, pero para quienes la literatura es una especie de entretenimiento como el Circo, se aprestaban a leer en este número de "Índice" las inyectivas con que nosotros responderíamos a las del anciano caballero don Samuel A. Lillo, quien se enojó con nosotros y con todos sus críticos, por el solo delito de juzgar deplorable su último libro titulado "LITERATURA CHILENA". Las razones que

tuvimos para aquel juicio están expuestas en el número I de nuestra revista y no tenemos paciencia para volver sobre un tema viejo ya de seis meses, ni releer la prosa de don Samuel A. Lillo. En este número y en la Sección titulada "EL DOCUMENTO LITERARIO". Raúl Silva Castro escribe un artículo final sobre el asunto, con lo cual el señor Lillo se cierra definitivamente a nuestra consideración. Por el último correo nos han llegado libros infinitamente más interesantes que el del nervioso e irritable Secretario del Ateneo, y sería imperdonable que abandonásemos esos libros ("La Rebelión de las Masas" de Ortega y Gasset; el "Proceso Intelectual del Uruguay" de Alberto Zum Felde; el "Otono de la Edad Media" de Huizinga) para sufrir una nueva lectura de la prosa desgarrada del señor Lillo. Ni creemos que el público se interese lo más mínimo por las inyectivas de carácter personal con que el justamente fatigado cerebro del señor Lillo intenta una falsa actitud epigramática, ni por los adjetivos con que nosotros le respondamos. En el último tiempo han ocurrido tantas cosas serias en el mundo: revoluciones en América, graves luchas políticas en Alemania, etc., para que los problemas caseros, vanidosos y ateneísticos del señor Lillo logren apasionarnos. Aunque somos jóvenes daremos al irritado señor Lillo un ejemplo de fría serenidad. El y su pobre libro, son un episodio ya olvidado y muerto en la "Crónica" de Índice.

Pero podríamos sacar una moraleja de esta historia. Y es la de dos actitudes ante las Letras y la Cultura. Para el señor Lillo, como para otros caballeros de su formación mental, la Literatura era un manso y nada peligroso deporte realizado con las recetas de Hermsilla y el "Diccionario de la Rima", que se ponía a la sombra de caducas instituciones como el "ATENEO" y la "UNION IBERO AMERICANA". El señor Lillo iba con su barba de rey asirio, su tongo y su jacuet a esas veladas de "El Ateneo" — prestigiadas siempre con la asistencia de algún decorativo ministro diplomático —, y recitaba con su voz cortante y sin matices, alguna oda anacrónica a Isabel la Católica o a las Carabelas de Colón: odas llenas de lugares comunes sobre España, "la nación en que no se ponía el sol", "los tercios de Flandes", los nunca domados araucanos, y otros pies forzados de la Historia. El señor Lillo como era natural recibía las felicitaciones del Ministro o del Cónsul invitado al acto, de algunos comerciantes de la colonia española y alguna vez una condecoración oficial o una carta del Rey de España con muchos besamanos, y escrita por uno de sus innumerables secretarios. Género de buecas y ornamentales lisonjas que nos tienen enteramente sin cuidado.

Desde hace muchos años, desde que cayó en manos del señor Lillo, el "Ateneo" ha dejado de representar en la vida civil y cultural de Chile, algo equivalente a una conciencia intelectual. El Ateneo bajo el señor Lillo "sólo se ha preocupado de hacer fiestas". En aquellos años de gran inquietud política y cultural de la vida chilena como los corridos entre 1920 y 1924, para buscar una posición, una orientación ante los candentes problemas de Chile, era preciso acudir a dos instituciones sostenidas por la juventud: la "FEDERACION DE ESTUDIANTES" y la "UNIVERSIDAD POPULAR LASTARRIA". Toda la ideología del señor Lillo, toda su actitud cultural, reduciase a un radicalismo fácil y romántico que combinaba efectivamente valores tan opuestos como su aversión a los sacerdotes, a la enseñanza congregacionista, y su amor por esa retórica tradición española que servía para hacer odas. Nunca el señor Lillo vio más allá.

Y como consecuencia de esta actitud un tanto suntuaria, — con las galas de un arcón viejo, ante la Literatura — encontramos la vanidad del señor Lillo, vanidad que ha llegado al vértice patológico de pensar que una de las preocupaciones de nuestra revista es su persona.

Hay que repetir al señor Lillo por última vez — y para evitarle a los lectores de nuestra revista la molestia de leer polémicas — que él no ha sido sino uno de los tantos episodios de la crónica de "Índice", que en el caso de su libro grotesco e indocumentado debió convertirse a pesar nuestro, en una crónica política.

Y el mundo actual está lleno de sugerencias apasionantes. A nosotros no nos importan las consagraciones de los vetustos Ateneos ni las cartas con besamanos del Rey de España. Tenemos de la Cultura una concepción más seria que la del señor Lillo. No fundamos revistas para agravar a nuestros enemigos. Nos interesan las ideas y no las personas. Anhelamos que nuestro papel dentro de la exigüidad de sus medios materiales, sea un libre y móvil panorama de inquietudes contemporáneas. En los pensadores de hoy y no en la retórica del señor Lillo — gala de preteritas pompas fúnebres —, buscamos un derrotero.

## ALFONSO REYES. — Monterrey e "Índice".

En Larenjeiras, 397, Río Janeiro, vive el Embajador de México en el Brasil y gran escritor Alfonso Reyes. Una atmoniosa economía de tiempo, le permite hasta redactar ese simpático correo literario, hojita llena de datos e interpretación, que se llama "Monterrey" y que comentábamos en el número pasado. Los escritores hispano-americanos encuentran en ese bien nombrado correo las noticias más claras, las fichas de bibliografía más precisas, la esencia y el perfil del autor.

Ahora nos escribe Alfonso Reyes: "No me ha de faltar ocasión de mencionar

con la llamada de atención que merece. "Índice". Déjenme de paso felicitarlos por la propagación de ese título que me recuerda la revista que hicimos en Madrid Juan Ramón Jiménez y yo. Después hubo otro "Índice" por Bahía Blanca. Quedo atento a los "Cuadernos Índice". El título de cuadernos también me encanta y me parece característico de la era actual. No sé si Uds. conocen los "Cuadernos Literarios de España, Editorial de La Lectura; fué también una empresa mía; en una tarde, acompañado de Moreno Villa y Diez Canedo lo arreglamos todo. Después, en Buenos Aires, ya Uds. conocen el esfuerzo de esos



"Cuadernos del Plata", gracias a Evar Méndez, que es todo un poeta de las ediciones.

Yo estoy concubiendo ahora mis "Cuadernos de Monterrey". Quisiera tener una imprenta propia, y ser capaz de hacerlo yo todo, como ese poeta español del que hablo en mi "Monterrey". No saben Uds. cuanto bien me hace la compañía espiritual, la amistad de juventudes como las que Uds. representan en Chile".

## REVISTAS Y PERIODICOS RECIBIDOS

## Chile:

"ATENEA". — Comisión directiva: Enrique Molina, Luis D. Cruz Ocampo, Eduardo Barrios, Raúl Silva Castro. Santiago. Biblioteca Nacional.

"MASTIL". — Director: Augusto Santelices. Escuela de Leyes. Santiago.

## Argentina:

"NOSOTROS". — Directores: Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Ginisti. Lavalle 1440. Buenos Aires.

## México:

"CRISOL". — Revista de crítica publicada por el bloque de obreros intelectuales. Director: J. de D. Bojórquez. México. D. F., Ap. 1797.

"BOLIVAR". — Boletín de la Confederación Nacional de Estudiantes. México D. F.

"BANDERA DE PROVINCIAS". — Director: A. Gutiérrez Hermosillo. Ap. 362. Guadalajara. México.

## Perú:

"PRESENTE". — Directores: César Barrio, Jorge Basadre, Carlos Raygada, Luis Alberto Sánchez, Alcides Spelucín. Apto. 445. Lima.

## Notas Iniciales.

Problemas que requieren un desapasionado examen plantea la actualidad americana. Asistimos a un período crítico de la política continental. Quebrantada la aparente normalidad interior de diversos Estados por fuerzas inconexas y desprovistas de claros objetivos, se agitan en el caos moral y económico del momento las más contradictorias tendencias, aspirando a fijar un rumbo a la inquietud colectiva.

Lo que se advierte, desde luego, en el fondo de las inorgánicas turbulencias de Bolivia, Perú, Argentina, etc., es el contraste entre las ideologías en cuyo nombre se realizan los pronunciamientos y las necesidades reales del medio social, y la falta de energías políticas, afianzadas en sólidas disciplinas de cultura verdadera. Es la crisis, no del régimen tal o cual, sino la crisis de la sociedad misma, cuyos factores hay que buscar en la realidad biológica e histórica de los países afectados.

Hasta ahora hemos vivido los hispano-americanos engañados respecto de nosotros mismos y de nuestras posibilidades, adorando mitos que no interpretan el sentido de la tierra, tras de los cuales realizan su destino de conquista y predominio las fuerzas financieras que dan el tono de la política mundial y gobiernan directamente los avances imperialistas de las grandes potencias.

¿Qué significa, pues, la caída de Siles, Leguía, o Irigoyen — gran figura política de enérgico relieve este último — y su reemplazo por nuevos gobernantes que prometen a los pueblos ingenuos el comienzo de saludables renovaciones? Nada, en el fondo, nada sino un cambio en el decorado espectacular de la escena pública. Y un cambio a veces perjudicial, como en el caso de Argentina, donde se ha hecho cargo del gobierno un grupo representativo de la oligarquía terrateniente y bancaria, vinculada a las combinaciones de las finanzas estadounidenses.

Los problemas relativos a la organización, al funcionamiento y al destino del Estado ofrecen a nuestra América características peculiares derivadas de nuestro vasallaje económico. La nueva generación debe considerarlos con frialdad analítica — que no excluya los oportunos entusiasmos — si quiere encontrar las mejores directivas de acción: Son problemas de tan compleja índole que, a ratos, producen en el ánimo del observador congoja y desconcierto. Para adoptar frente a ellos una actitud histórica eficaz, que marque derroteros al porvenir de las fuerzas nuevas, se requiere la colaboración solidaria de una generación alerta.

Conócernos a nosotros mismos — con nuestras energías, nuestras debilidades y nuestros anhelos — y ubicarnos como corresponde, sin vanidades ingenuas o esperanzas desmesuradas, en el conjunto de un mundo dominado por los poderes financieros y técnicos de un capitalismo que asciende en su curva de desarrollo por sobre las fórmulas vacías de una cultura en ocaso: eso es lo primero y para ello es necesario abatir los prejuicios teóricos y los tópicos románticos que tanta privanza han tenido en el ánimo de generaciones más inclinadas al ensueño que a la acción.

Para dar los primeros pasos en nuestro propio camino de perfección, seamos críticos realistas, capaces de ahondar en la crisis continental con esa severidad de juicio que no vacila ante el espectáculo de la propia miseria y la energía de voluntad necesaria para desdeñar muchas halagüeñas ilusiones con que ha sido costumbre en América cubrir el panorama — casi siempre lamentable — de la verdad.

Pueblos sin estructura orgánica, trabajados en su desorden vital por corrientes de contradictorio sentido, nada hay en nosotros, los hispano-americanos, que indique posibilidades efectivas de un autónomo desarrollo cultural. Somos pueblos nacidos del encuentro de factores de muy diversa calidad étnica: mestizos sin arraigo en ninguna tradición, en quienes la anarquía de los instintos ocupa el lugar de las fuerzas morales que orientan a las naciones maduras en una evolución secular.

Pero no es, tampoco, esa primigenia anarquía de instintos que caracteriza a las épocas germinales de una cultura nueva, como lo sostienen muchos optimistas observadores de las cosas americanas; no es exceso de vitalidad fecunda que se desparrama sin encontrar los cauces que la historia le destina: es la anarquía propia de la etapa de civilización en que nos he-

mos formado con el agravante de los factores indígenas.

Y es que estamos dentro de la vorágine de la civilización occidental sufriendo todos sus vicios de decadencia y no disponiendo de ninguna de las fuerzas históricas que aún en medio de la crisis contemporánea mantienen un resto de eficacia y una vaga unidad en el espíritu europeo. Constituímos un arbitrario mosaico de elementos diversos. Técnicas y creencias, ideales y modas, instituciones y costumbres mundanas, todo lo recibimos de Europa y, ahora, de los Estados Unidos.

Frente a esto, ¿qué podemos hacer? La voluntad histórica está determinada por imperativos designios que no nos es dable penetrar. Apenas podremos vislumbrar los vagos lineamientos de su futura trayectoria. Algo, sin embargo, puede afirmarse: que estamos uncidos al destino de la civilización occidental capitalista, entre cuyos conflictos desempeñaremos colectivamente un rol que puede llegar a ser de la más alta importancia.

¿Cuál puede ser mientras tanto la política de las generaciones nuevas? Desde luego, una política acorde con el sentido y los recursos de la realidad. No es ya posible repetir el gesto lamentable de generaciones precedentes que querían realizar en pueblos de turbulento mestizaje y caudillos insusmidos, el reinado de la Diosa Razón. Ni pretender imponer mediante decretos redactados por poetas, las instituciones británicas en sociedades convulsionadas por pasiones insurrectas.

Tampoco es de desear que en un alarde de originalidad que carece de fundamento en posibilidades ciertas, se pretenda agrupar el entusiasmo innovador en torno a las fórmulas desvanecidas de las culturas autóctonas, muertas hace siglos. Las culturas son organismos y como tales no resucitan. Milagros de esta naturaleza no se han dado en la historia ni en la vida. Las masas indígenas constituyen un formidable lastre en el desenvolvimiento americano.

Veneración de la fórmula, confusión de la oratoria con la política, desprecio de los valores vivientes, han sido características de la política continental. Aquí han reinado sin contrapeso las grandes palabras: democracia, liberalismo, igualdad, justicia. Los ideólogos y los audaces las han manejado como lemas de relumbro para organizar la tragedia de las revoluciones y las reacciones y perpetuar, bajo su influjo adormecedor, el predominio de las oligarquías agrarias y mercantiles al servicio de las empresas que han ido colonizando económicamente nuestra América, captando las fuentes de riqueza y los mercados posibles, extendiendo por todas partes redes de tentaculares intereses.

No podía ser, por lo demás, de otra manera. En Europa y los Estados Unidos acontece lo mismo. Sólo en los últimos tiempos los poderes financieros que aprisionan el mundo moderno se han mostrado claramente y una especie de sinceridad desesperada acomete a los grupos sociales determinando su actitud política. Ahora, se prefiere mirar la verdad. Los mitos legados por el siglo XIX se desmoronan y una luz fría ilumina el panorama contemporáneo. Es preciso que también entre nosotros, en Hispano América, se estudie el problema político y la juventud se libre de ver en movimientos como los presentes otra cosa que los conflictos superficiales de una crisis profunda, semejantes a los que pueblan la crónica roja y pintoresca de la política del pasado.

Los nuevos gobiernos de Bolivia, Perú, Argentina responden a momentáneos e impulsivos afanes de los pueblos. Pasada la violenta embriaguez de los comienzos, ya se advierten síntomas de desencanto, renacientes inquietudes que irán a desahogarse en parecidas convulsiones. Mientras tanto las fuerzas financieras y los agentes del imperialismo continúan entre bastidores su formidable actividad de conquista. Los gobernantes hacen frases; las sociedades esperan; la historia sigue su curso...

Tratemos, pues, de explicarnos los fenómenos hispano-americanos, considerándolos dentro de la órbita en que actúan las fuerzas de la civilización occidental. Para eso, tendremos que indicar, aunque sea someramente, las características que ésta ofrece en economía y en política: Espiritual y económicamente somos colonias de las grandes potencias que atraviesan por un álgido período en que sus elementos históricos alcanzan máxima tensión. Somos actualmente comparsas subalternas en el escenario de la civilización. Una vez situados en su dramático dinamismo, podremos intentar una visión de nuestras posibilidades ulteriores.

# José Ortega y Gasset: LA REBELION DE LAS MASAS

(Revista de Occidente. — Madrid 1930).

El reciente libro de Ortega y Gasset constituye el más incitador y plétórico de sus intentos: la explicación del advenimiento de las masas al pleno poderío social. Con este motivo el ensayista determina en quince sugestivos capítulos los tópicos más apasionadores de la época contemporánea. En el primero, titula-

do "El hecho de las aglomeraciones" la cuestión queda planteada. "Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente, sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos". (pág. 19). Las masas no están cansadas de la política ni del arte ni del deseo de actuar. Por el contrario, su fuerza social las hace imponer una política, un arte, una concreta actuación. Las núme-

rias, que antes gobernaban, aún en los estados democráticos del siglo pasado, entendían más de rumbos políticos que ella. La masa actual "cree que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café".  
¿Qué es lo característico de nuestro momento? Ortega lo contesta con agudeza: "Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de

la vulgaridad y lo impone donde quiera". (pág. 20).  
La actual standardización de la cultura, la vaciedad de ideas generales que existe en los técnicos, el tono medio falso que domina en modas y costumbres y el descenso de la calidad intelectual de los directores de pueblos, determinan, según Ortega, el desconcierto moral de Europa.  
"Sufre hoy el mundo una grave desmoralización, que entre otros

## panorama de la inquietud americana

(De la vuelta)

### La expansión capitalista y el mito democrático.

Asistimos a un desarrollo portentoso de las fuerzas económicas del capitalismo. La economía penetra los resortes fundamentales de la vida moderna, determina la conducta de los gobiernos y las combinaciones de la diplomacia, empuja, en fin, la voluntad humana en un frenesí de acción que escapa a toda estructura de disciplina. Los valores del espíritu no han resistido al choque de los intereses financieros; en la vida pública como en la vida privada el dinero y la voluntad de lucro dan la norma definitiva.

Parece próxima a realizarse la conquista material del mundo de que nos habló Keyserling. La técnica señorea a la naturaleza. El capital, definido como la suma de energías financieras que vitaliza el mundo económico actual, es superior a las fuerzas morales y políticas que, arraigadas en el subsuelo tradicional de las sociedades, ensayan de vez en cuando estériles tentativas de superación humana.

Nuestra época marca una hora magnífica del capitalismo. Nada puede detener su avasallador impulso histórico. La mecánica ha sobrepasado las formas conocidas de producción dando a la economía capitalista el dominio universal de las fuentes naturales y de los mercados. El hombre es esclavo de la máquina. La ciencia no hace sino afirmar y desarrollar en grado extremo los recursos técnicos de que se sirven la voluntad de lucro de los grandes capitanes de la industria y el fino cálculo de los estrategas del crédito.

Como lo dice Spenger en su "Decadencia de Occidente", el dinero ha pasado a ser un valor independiente y superior con respecto de las cosas que antes entraban en el juego mercantil. Realiza verdaderos milagros: El pensamiento de los financistas, que en nuestros días es un poder económico, crea valores y con ellos actúa, a la vez, en distintas partes del mundo. Las transacciones comerciales de alto rango se realizan según calculos abstractos, basados en posibilidades, que recuerdan por su amplitud genial y su tacto instintivo a la diplomacia y a la estrategia de las épocas de rica cultura.

Pero el mundo económico del capitalismo envuelve contradicciones formidables que periódicamente alteran la superficie de la historia. Sobrevienen crisis de producción, con la consiguiente depresión general de los negocios y la desocupación de las masas obreras, y los múltiples problemas derivados. Otras veces, la necesidad de conquistar mercados nuevos y los choques mercantiles inevitables en un sistema de competencia sin control, precipitan los conflictos. Los Estados, al servicio de las fuerzas económicas, viven en perpetua actitud de combate. Transitoriamente, en lo que se refiere a esta etapa de la existencia occidental, Marx tiene razón: la economía determina la política.

Desde los comienzos del desarrollo industrialista puede advertirse una gradual penetración de los factores económicos en la actividad pública. Con la Revolución Francesa, que marcó el epílogo del absolutismo, entran a actuar los partidos que son agrupaciones de ideología e intereses, realizando los fines de la burguesía como fuerza histórica. Todo cuanto daba continuidad y unidad a la acción del Estado desaparece junto con el respeto a los símbolos de la tradición y se inicia una era problemática. La veneración tradicional por las instituciones — de honda raíz religiosa — se ha desvanecido en el alma colectiva.

Ese es el sentido íntimo de aquel gran movimiento de liberación. Los partidos de la burguesía, aún aquellos que se decían conservadores, fueron liberales, porque representaban una protesta contra el orden antiguo, contra las disciplinas hereditarias, y las jerarquías de clase, contra el mundo — ya sin alma — de la tradición. La política burguesa empieza a oscilar entre las dos fuerzas revolucionarias que destruyeron los cimientos de la sociedad monárquica: la inteligencia y el dinero.

La inteligencia encarnada por los ideólogos y retóricos que habían leído a Rousseau y a los enciclopedistas, forja regímenes ideales, establece los "derechos del hombre", formula nuevas teorías de felicidad. Poseída de entusiasmo racionalista ejercita una crítica violenta contra las ilusiones religiosas que ya no suscitaban, por lo demás, el fervor de antaño, y, orgullosa de sus éxitos, cree dirigir el Estado y haber dado a la vida un inédito esplendor.

Pero, no fué ella lo que, en realidad, prosperó detrás de los nuevos mitos que se llamaban Democracia, Progreso, Libertad, etc.: fué el dinero. Y desde entonces, ha aprovechado la libertad para impulsar la economía capitalista; ha gobernado a su antojo el mecanismo del sufragio, y, mediante él, conservando las apariencias espectaculares de la democracia ha ejercido y ejerce el control del Estado. Nada más comovedor — a partir de la Revolución Francesa — que el empeño de los idealistas por establecer las fórmulas igualitarias y fraternales de la democracia en un mundo regido por las duras leyes capitalistas. Lo que se ha llamado democracia debió llamarse, desde un principio, plutocracia.

Todos los órganos de la democracia inciden en el mismo destino: servir a la voluntad de lucro de las minorías que señorean el mundo económico. Las ilusiones políticas de los teóricos son utilizadas por las oligarquías financieras. Sometidos a la presión irresistible de los agentes del dinero — prensa, sufragio, partidos, parlamentos, servicios públicos — las masas contemporáneas, satisfechas de su presunta soberanía, ponen en movimiento las maravillosas técnicas productoras de riqueza.

Esta realidad de la civilización occidental ha alcanzado su expresión aguda y monstruosa en los Estados Unidos de Norte América. Poderosos sindicatos controlan las fuentes informativas en todo el territorio de la Unión y organizan las mascaradas populares del sufragio. Por intermedio de ellos y disfrazados con elocuentes propósitos de bien público, hablan los intereses de los dictadores de las finanzas. Escritores americanos como Upton Sinclair, Waldo Franck, Sinclair Lewis proporcionan útiles noticias sobre la verdad política y social de la "gran democracia del Norte".

Las contradicciones internas del poderío capitalista han provocado la organización de los elementos afectados por la servidumbre del salario y, después de la guerra última, el nacimiento de nuevas corrientes políticas que aspiran a una integración del Estado. El mito de la democracia — política de partidos, fanatismo electoral, etc. — no suscita confianza ni mueve los espíritus como en épocas anteriores. Hoy se quiere una política que sepa controlar a la economía, que imponga a los poderes informes y universales del capitalismo la disciplina del Estado Nacional.

Eugenio González R.

(Continuará)

síntomas se manifiesta por una desaforada rebelión de las masas, y tiene su origen en la desmoralización de Europa. Las causas de esta última son muchas. Una de las principales, el desplazamiento del poder que antes ejercía sobre el resto del mundo y sobre sí mismo nuestro continente. Europa no está segura de mandar, ni el resto del mundo, de ser mandado. La soberanía histórica se halla en dispersión". (págs. 306-307).

He aquí, pues, planteado con claridad objetiva el gran asunto del vasto ensayo de Ortega. Cabe preguntarse ahora si es feliz en su desenvolvimiento y en los remedios que propone contra esta rebelión. Logra el ensayista una claridad y elegancia de pensamiento que hace de su libro no sólo un agradable y provechoso pasatiempo sino un ágil centelleo de expresiones plásticas y de tópicos mediativos.

Aunque el éxito no acompaña toda vez a Ortega, en el curso del nutrido volumen nos encanta con el planteamiento de variadas cuestiones político sociales de esta hora tormentosa y, a veces, equívoca.

En el capítulo segundo ("la subida del nivel histórico") Ortega analiza holgadamente las nivelaciones en que es fecundo el momento vital.

Se nivelan las fortunas y la cultura con un crescendo prodigioso de las posibilidades humanas. El standard de vida se intensifica: el placer, la comodidad y el bienestar se derraman por doquiera y pierden su encanto primigenio, que enclostraba el goce en un dominio de pocos.

En 1820 sólo habría diez baños cómodos en todo París y hoy las piscinas frías y templadas entregan su encanto a todo el mundo.

Esta plenificación de la vida ha hecho que algunos crean llegada la decadencia de Europa, ya en la vuelta en el socorrido tópico spengleriano. Ortega, con valor, no niega la posibilidad de una irreparable decadencia de Europa; pero confía en su porvenir y apunta certamente a la vaciedad de quienes confían en un nuevo módulo vital que salga de Nueva York o de Moscú.

La vida crece, el ámbito de resonancia se expande poderosamente. Todos disponemos de posibilidades ardientes, de momentos de superación. "Muchas cosas parecían ya imposible al siglo XIX, firme en su fe progresista. Hoy, de puro parecemos todo posible, también presentimos que es posible lo peor: el retroceso, la barbarie, la decadencia". (pág. 69).

De ahí cierta plenitud incoherente y el absurdo dominio de las masas.

"Lo actual es fruto de un interregno, de un vacío entre dos organizaciones del mando histórico: la que fué, la que va a ser. Por eso es esencialmente provisional. Y ni

# l i b r o s

los hombres saben bien a que instituciones de verdad servir, ni las mujeres qué tipo de hombre prefieren de verdad". (pág. 309).

El predominio del hombre masa ha conducido, en último término, al éxito de lo anormal. Llega a sostener un dictador: "Soy un modo anormal de gobierno que es impuesto por las circunstancias". Como dice muy agudamente Ortega: por la urgencia del presente, no por los cálculos del futuro.

Entonces se gobierna con febrilidad, ensayándose a destajo métodos y procedimientos antagónicos y divergentes.

No hay sinceridad ni en las dictaduras que halagan a las masas y sirven ocultamente los principios liberales que perviven en muchas de sus concesiones. El liberalismo constituyó un sistema que garantizaba un standard de crítica y de respeto al derecho individual que no es posible atropellar sin llegar a una actitud mussoliniana. La violencia se impone grotescamente entonces y el hombre masa acaba por no construir nada, aunque sus posibilidades, sus poderes sean enormes.

Corresponde a nuestro tiempo, cuyas raíces en el pasado y en el porvenir extiende finamente Ortega en tan sugestivo ensayo, un carácter de insinceridad en muchos de sus rumbos vitales. No es del todo sincero el bolchevista, ya "que el socialismo de Marx y el bolchevismo son dos fenómenos históricos que apenas si tienen alguna dimensión común (pág. 313). No es sincero tampoco el fascista. "El fascista se movilizará contra la libertad política, precisamente porque sabe que ésta no faltará nunca a la postre y en serio, sino que está ahí, irremediamente, en la sustancia misma de la vida europea, y que en ella se recaerá siempre de verdad haga falta, a la hora de la seriedad (pág. 173).

Relaciona Ortega con finura casi paradójica esa oposición del fascista y la del hombre masa con la del "niño mimado". El hombre de hoy que goza de una existencia plena y satisfactoria, cuyo alcanzamiento presupone sacrificios y revoluciones, no agradece dicho usufructo. El niño mimado, esto es, el hombre masa de hoy, es entonces un satisfecho y un mal agradecido. Radical ingratitud a todo lo que ha hecho posible la facilidad de su vivir.

Aplica Ortega una certera frase de Goethe a este módulo vital: "Vivir a gusto es de plebeyo: el noble aspira a ordenación y a ley". La nobleza tenía sus deberes y no estima la necesidad de servir como una opresión, sino como un deber y un centelleante estímulo. Dice Ortega: "El noble originario se obliga a sí mismo, y al noble he-

reditario le obliga la herencia".

Las masas intervienen en todo y lo hacen de un modo simplista y violento. Ocurre entonces un fenómeno que, por primera vez, irrumpe en la vida europea: la aparición de un tipo de hombre que no quiere dar razones ni tener razón, "sino, sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones". El sindicalista y el fascista corresponden a semejante disposición agresiva. Las ideas y las opiniones presuponen un deseo de consorcio, un estímulo a la discusión, al triunfo, al plebiscito. El fascismo nace como una afirmación, como un grito rebelde e ilógico. No rige con él esa medida de Ortega: "La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a última ratio". (pág. 120).



En la vida de Occidente entra ahora la acción directa o sea, en otros términos, la apelación al brutalismo en vista de una subversión formal que no reconoce los valores del convencimiento y de la disputa ideológica. Ortega estima que las dos fuerzas que retornan al primitivismo en Europa: el bolchevismo y el fascismo, no son — en último término — sino unas pseudo alboradas; no traen la mañana de mañana, sino de la de un arcaico día, ya usado una o muchas veces; son primitivismo". (pág. 153).

Llegamos, por fin, después de nutridas páginas a la tónica de la existencia del hombre masa, donde alcanza Ortega sus atisbos mejores sobre el alcance psicológico de este niño mimado de la civilización. Esta tónica es la inseriedad, la broma. "Lo que hacen lo hacen sin el carácter de irrevocable, como hace sus travesuras el "hijo de familia". Toda esa prisa por adoptar en todos los órdenes actitudes aparentemente trágicas, últimas, tajantes, es sólo apariencia. Juegan la tragedia porque no creen que es verosímil la tragedia efectiva en el mundo civilizado (pág. 173).

Y, más adelante, anota finamente sobre el perfil del cínic: "El cínic, parásito de la civilización, vive de negarla, por lo mismo que

está convencido de que no faltará".

En el Capítulo Trece, titulado: "El mayor peligro, el Estado", el ensayista español analiza uno de los temas incitadores del presente. Cree que el más pavoroso peligro que amenaza a la vida es el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, "la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos".

Añade en otra parte: "El estatismo es la forma superior que toman la violencia y la acción directa constituida en norma. Al través y por medio del Estado, máquinas anónimas, las masas actúan por sí mismas.

"Las naciones europeas tienen ante sí una etapa de grandes dificultades en su vida interior, problemas económicos, jurídicos y de orden público sobremesura arduos. ¿Cómo no temer que bajo el imperio de las masas se encargue el Estado de aplastar la independencia del individuo, del grupo, y agostar así, definitivamente el porvenir?"

Y como corolario propone a este problema la solución británica: es preciso que el Estado tenga límites.

En el Capítulo XIV (¿Quién manda en el mundo?) continúa Ortega un paseo por asuntos de vivo interés: la opinión pública, el consenso popular a los regímenes de gobierno. "Napoleón dirigió a España una agresión, sostuvo esa agresión durante algún tiempo; pero no mandó en España ni un solo día". (pág. 212). Y agrega una típica anécdota sobre que la verdad no se manda con los jenízaros. Así, Talleyrand a Napoleón: "Con las bayonetas, Sire, se puede hacer todo, menos una cosa: sentarse sobre ellas".

Y agrega que mandar no es gesto de arrebatar el poder, sino tranquilo ejercicio de él. "En suma, mandar es sentarse, Trono, silla, curul, banco azul, poltrona ministerial, sede. Contra lo que una óptica inocente y folletinesca supone, el mandar no es tanto cuestión de puños como de posaderas. El Estado es, en definitiva, el estado de la opinión: una situación de equilibrio, de estática". (pág. 214).

A continuación pasa Ortega una mirada sobre lo que Waldo Frank y otros estiman la decadencia de Europa. Cree que éstos no se han convencido bien de tal aserto; lejos de eso, no se han planteado seriamente dicha cuestión. "La toman como un tranvía. Los lugares comunes son los tranvías del transporte intelectual".

Termina Ortega con una brillante exposición sobre asuntos tan varios y atrayentes como la decadencia presunta de Europa, la crisis del mando y del Parlamento y las posibilidades de una restauración.

ración de la crisis moral del Viejo Mundo. Porque hay crisis y esto no lo niega el pensador hispano. "Sólo la decisión de construir una gran nación con el grupo de los pueblos continentales volvería a entonar la pulsación de Europa. Volvería ésta a creer en sí misma y automáticamente a exigirse mucho, a disciplinarse (pág. 311).

En **La rebelión de las masas**, Ortega se propone y logra dibujar un cierto tipo de europeo actual que ha hecho resonar su rebeldía sobre el mundo. En eso Europa sigue mandando y la repercusión de tal actitud prueba que su agonía aún está lejana, por más grave que sea la crisis a que la conduce la negación actual de su cultura. Por fin se pregunta Ortega: ¿qué insuficiencias radicales padece la cultura europea? y deja la réplica para un próximo libro. Cerramos las últimas páginas de éste con la satisfacción de quien empleó bien su tiempo. Es una obra preñada de ideas y sugerencias y que revela una honrada busca de la verdad. Trae a nuestra mente un texto ortegiano que dice: "El hombre tiene una misión de claridad sobre la tierra. Esta misión la lleva dentro de sí, es la raíz misma de su constitución. Dentro de su pecho se levanta perpetuamente una inmensa ambición de claridad, como Goethe, haciéndose un lugar en hilera de las altas cimas humanas, cantaba:

Yo me declaro del linaje de  
(esos  
que de lo oscuro hacia lo claro aspiran.

(Ortega, **Meditaciones del Quijote**, pág. 109).

Bien ha cumplido esta vez con tal propósito el autor de **El Espectador**. Su pensamiento, otrora ondulado y tortuoso, exhibese aquí claro, desnudo y poderoso de humana sugestión; aún en medio de ciertas generalizaciones discutibles.

Ricardo A. Latcham.

## PORTALES INTIMO

(Las mejores cartas del Gran Ministro, con un estudio de Alone.— Santiago. Imprenta Universitaria. 1930).

Dos escritores chilenos, de aquellos para quienes existe la calidad, han hecho este año uno como viaje iluminado y pintoresco a ese país áspero y no siempre abordable que se llama la Historia de Chile. País áspero no por la significación de los hombres que allí se encuentran: el romántico Carrera, el cauteloso O'Higgins, el realista Portales, sino porque había que romper el farellón de papel impreso. La pesada prosa habitual de los historiadores chilenos — si exceptuamos a Vicuña Mackenna —, para llegar a la verdad psicológica de esos hombres. El "EPISTOLARIO DE PORTALES", publicado este año bajo la custodia de Dn. Ernesto de la Cruz y Dn. Guillermo Felú Cruz, obró el maravillamiento. Esas cartas de Portales no

presentaban un hombre con tal riqueza de matices y tónica de la sensibilidad, que desconocimos el Portales enhiesto que está con la rígida Constitución de 1833 en la mano, frente al Palacio de la Moneda. Aquel Portales abstracto de los manuales de Historia de Chile o de la usual interpretación conservadora, se nos confundía en su firmeza de líneas y energía maciza, con la recia arquitectura



de la Moneda. En las cartas vemos que el hombre llegó a tal fin, a tan bien esculpida postura histórica, después de una superación de la voluntad.

Portales fué un nervioso, tentado por la carne y el infierno; arrastró por el pacato Santiago de 1830 y tantos una verba mordaz e irónica, de pura intención moderna, aunque enraizada en la forma sabrosa y desnuda de la mejor parremiología española. Este descubrimiento lleno de vitalidad, debe haber regocijado a los dos escritores de que hablamos en el primer párrafo que son Alfonso Bulnes y Alone (Hernán Díaz Arrieta).

De la interpretación de Bulnes damos una exquisita primicia en este mismo número de "Índice". En cuanto a Hernán Díaz Arrieta reúne ahora bajo una portada con motivo del barroco español, las cartas más reveladoras del grande hombre, precedidas de comprensivo estudio psicológico. Esa gracia de subrayar lo menudito de los "petits faits" de sus maestros franceses, la frase que de pronto se corta abriendo una perspectiva psicológica inusitada, cualidades de Hernán Díaz, las saboreamos en estas páginas que le son propicias. Porque "Portales íntimo", era un tema para Hernán Díaz. El ha leído al Duque de Saint-Simon: tiene la goloría del detalle, el trato social es en él una como postura estética, y sabe gustar como pocos, la agudeza de un retruécano o un epíteto que da en el blanco. Esta etapa de interpretación que parece advenir en lo que hasta ayer fué severa Historia chilena, es uno de los signos promisorios del momento.

Hay otra razón a más de la de su prosa, para celebrar el libro de Hernán Díaz: la nitidez y esmero de la edición. Nuestros editores economizan márgenes, lanzan el libro con la mala costura de un instante, y ese desdén por la presentación acaso repercute — por misterioso proceso psicológico —, en el desdén de la acogida. Nos produce envidia ese Dr. Víctor Barros Borgoño, feliz poseedor del único ejemplar en papel vergé de hilo, con dedicatoria impresa — como reza el colofón —, del "Portales Íntimo".

P. S.

## DOS LIBROS DE EUGENIO ORREGO

"MARIATEGUI". — Ed. Mástil. Stgo. de Chile, 1930. — Aunque con algún retardo, damos cuenta de la publicación de este libro de nuestro compañero escritor Eugenio Orrego. Como recordarán nuestros lectores, Orrego dió una conferencia en la Universidad de Chile, auspiciada por el Centro de Derecho, sobre la personalidad del malogrado sociólogo peruano, José Carlos Mariátegui. De esta conferencia nació el librito citado que lleva al final un nutrido apéndice de notas. Bastante se ha escrito ya sobre el distinguido ideólogo limeño y no son pocas las interpretaciones contradictorias que se han dado sobre su personalidad de apóstol y de pensador. Sin embargo, Orrego ha logrado hacer un estudio imparcial, abundando con gran clarividencia en los aspectos más recónditos de su significación ideológica.

"VIRGENES MODERNAS". — (Comedia en tres actos). Imp. Universitaria, Stgo. de Chile, 1930. — Título de película sonora, con bataclán y escándalos de pequeña monta, título de comedia satírica, entretenida y superficial. De todo esto hay sin duda en el libro de Eugenio Orrego. Pero hay también el conocido triángulo; más que eso: dos triángulos unidos por la base. (Entonces sería trapeo). Hay el eterno figurón, candidato a ministro, hay la muchacha casquivana, hay un bobo servicial y comadrero y, como resorte dramático novedoso, un chantage de criado inglés. La trama es de efecto: se ve que su autor conoce los achaques del oficio. Pero como se comprenderá, las situaciones son muy del estándar teatral chileno. Los personajes son casi siempre simples instrumentos que monologan frente al público para decir lo que corresponde a la escena. Con todo, no faltan las situaciones entretenidas y las impresionantes escaramuzas dramáticas. Pero al final todo se deshace (casi hasta el libro) porque no hay virtud, ni confianza, ni sinceridad. Elena, quien debe sacrificarse por su prima caída, no puede resistir su papel ominoso y termina, absolviéndose de toda culpa, en brazos del marido de aquélla, a quien amaba en secreto.

No obstante, VIRGENES MODERNAS es una comedia, por la acerba crítica social y el ambiente realista que contiene, para ser devorada a espaldas de padres y maridos, por las esposas y chicas que allí se pintan.

J. M. S.

## JUANA DE IBARBOROU — SUS MEJORES POEMAS

Selección y Prólogo de H. Díaz Casanueva. — Editorial Nascimento, 1930.

Pocas veces hemos conocido una mejor selección que la realizada por H. Díaz Casanueva con la más femenina de las poetisas de América: Juana de Ibarbourou. Desde la edición magnífica y esmeradamente impresa hasta el gusto selecto de la recopilación, esta obra es digna de elogios.

El prólogo de Díaz Casanueva está compuesto en una prosa encendida y cargada de modernidad estilística. Sin arribar a la crítica profunda, agrada por su sinceridad emotiva y por el acierto expresivo.

Juana de Ibarbourou aparece en este libro como un valor poético muy americano. Domina el sentido del paisaje y sorprende en el abandono o en una entrega ardiente a la naturaleza de América. Describe frutos típicos del trópico y canta a los humildes vendedores de la tierra. Se mete en el mar y hace resbalar su cuerpo fino en el estanque pro-

fundo. Siente el otoño y la noche, vibra con el amor y exalta al hombre querido. Desde una pagania jocunda y exaltada, su verso se desliza hasta una comunión con la naturaleza fuerte de América. La Ibarbourou es quizá la poetisa que mejor entrega su sensibilidad delicada y femenina. Su encanto y su valor consisten en que no falsifica la verdad interior. Otras mujeres se han deslizado en lo



turbio, en lo lésbico y en lo tortuoso. Créanse problemas cerebrales y enturbian la línea de su propia emoción. Juana de Ibarbourou en este volumen aparece desnuda y libre como un canto a la vida, a la fe y a la esperanza. El amor la consuela, el paisaje le da un apoyo y la rica vida le entrega un vino estimulante. Por eso es de felicitar a Díaz Casanueva. Su labor corresponde a una selecta sensibilidad y el objeto de la obra es nobilísimo: la ayuda a los maestros chilenos refugiados en el Uruguay.

## EL ANTI COLONIALISMO DE IRIS

A propósito de Cuando mi Tierra nació.

Iris ha publicado recientemente una novela: CUANDO MI TIERRA NACIÓ. Es el primer eslabón de un ciclo histórico que estudia el desenvolvimiento republicano de Chile. Idea hermosa que, una vez realizada íntegramente, revelará, entre nosotros, una obra de arranque proustiano. En nuestro tiempo desde Galsworthy y Proust, hasta Sinclair Lewis y Martin du Gard intentan agrupar caracteres salientes: de una sociabilidad, en obras de tal índole. En otros términos, analizar biológicamente una sociedad desde los abuelos, pletóricos de prejuicios, pasando por los hijos liberales y burgueses, hasta los emancipados nietos de la post guerra.

Iris, en Chile, significa una permanente actuación de vigilancia intelectual y de anti colonialismo. Por su sangre patricia, por su relación con todo lo más rancio y colonial de Chile, está en vena de poder pintar íntimamente los antiguos salones de Santiago, las viejas tertulias en que políticos y literatos alternaban con los primeros ricos del norte y con los primeros pioneros de un Chile industrial y bursátil.

La supervivencia colonial es intensa entre nosotros. Cuenta con el apoyo de la Iglesia y del clero, de muchas familias y congregaciones que desearían el retorno de "la hora de queda". Iris ha

# ESPECTACULOS

## OPERA

El fin de la temporada lírica ha sido apasionante, no por el "broche de oro" de los artículos de prensa, sino por la polvareda que ha dejado atrás. Don Alfredo Padovani ha querido informarse por medio de una encuesta sobre las preferencias del público. No creo que el sufragio universal sea lo más adecuado para dilucidar estos problemas, pero ya que nos ponen el plato por delante tratemos de hincarle el diente.

Entiendo que la encuesta, desde el punto de vista musical ha sido desconsoladora. La gran mayoría de los sufragios van a la mediocridad consagrada del repertorio. No era de esperarse otra cosa puesto que el público debe juzgar dentro de sus conocimientos y en todos ellos hay muy poco que rebajar. Por su parte los entendidos piden óperas nuevas. ¿Cómo conciliará el maestro Padovani estos dos extremos? La experiencia de este año le ha demostrado que el público bosteza con un "Pelleas y Melisande", recibe friamente una "Salomé" mientras se desgañita aplaudiendo un "Pagliacci" y una "Bohème".

He visto, por otra parte, que mucha gente se ha apresurado a declarar la bancarrota de este espectáculo. Se le niega interés y valor, se declara que es inactual, que no se acuerda con nuestra mentalidad, etc., etc. En el fondo de esto último tal vez haya un residuo de verdad. Son muy contados los artistas que aún dedican su ingenio a esta suerte de creaciones. Pero, si esto es cierto, no hay que olvidar que buena parte de la producción musical pretérita ha plasmado en este género, por tal capítulo, la ópera continuará ofreciendo interés por generaciones y generaciones. El mal entendido nuestro está en querer

hacer de ella el espectáculo artístico por excelencia y concentrar en él toda nuestra atención y esfuerzos. La Municipalidad, celosa de una tradición ciudadavido en ese mundo y lo conoce muy bien. En el libro reciente, primero de una larga serie, se presencia la lucha entre un patriado de tenderos y comerciantes con los hombres emancipados como el caudillo, también feudal en su origen, que muere fusilado en Mendoza. Carrera aparece allí; pero no con los auténticos perfiles históricos, sino deformado por una particular manera de sentirlo.

Iris ha sido más afortunada en su pintura de tipos femeninos. Se destacan muy bien Alba y Beatriz. Sentimos la sórdida influencia de Cruz y nos emocionamos suavemente ante esas viejas servidoras que sabe evocar finamente la desigual pluma de Iris.

El exceso de material de esta obra, el difícil acceso a lo histórico y otras dificultades de técnica no quitan a la novela su interés de documento vivo social. Resulta un hermoso testimonio de la independencia intelectual de una mujer superior que, por muchos años, entre nosotros, ha luchado contra el colonialismo.

Este es refugio en ciertos círculos y en cierta crítica que ha mostrado poco afecto a la escritora.

na, y nuestro Gobierno — inclinándose ante este error del gran público — miran sólo por el lucimiento de la temporada lírica. ¿Por qué no dedicar un poco de atención al drama y a la tragedia? Hacer algo en este sentido sería equilibrar la balanza y concluir con esta objeción de hacer depender el brillo artístico del año de un espectáculo que conviene poner ya en su justo plano.

Vale, sin embargo, que nos detengamos un poco en la ópera. Desde luego sería útil que la gente encargada de este espectáculo se cerciore de la conveniencia de conceder algo a nuestro tiempo. Resulta hoy ridículo, aún para el ojo menos dotado de sentido crítico, el melodramatismo de los cantantes. Pienso en este instante en la Salomé que nos dió la Campaña, por ejemplo (muchas veces parecía fregona de ligón en celo, por sus gestos excesivos y su manera de comprender la heroína de Wilde). Basta también de convencionalismo escénico: aquello de que cualquier "parte" para decir una frase insignificante debe acercarse a las candelillas interrumpe el curso natural del episodio. La ópera requiere tanto equilibrio y moderación en la partitura como en la interpretación escénica. Se impone una enmienda en este sentido.

Más importante todavía es la corrección en la mise-en-scène. En los escenarios europeos — discúlpese este recurso, pero a veces resulta casi imprescindible — se trata de subsanar todo lo que la ópera presenta de aberrante para nosotros, gracias a una escenografía novedosa y de cualidades artísticas. Hay en la ópera una infinidad de arbitrariedades. Una arbitrariedad voluntaria y disciplinada en el decorado viene a ponerla en un plano mucho más consecuente y a convertirla en un juego donde queda amplio campo aún para las arbitrariedades musicales que tanto chocan a los entendidos. Hágase un esfuer-

zo en este sentido. Renuévense los decorados, corrijae el juego de los cantantes, y óperas que hoy día son mal estimadas por mucha gente, como "La Fuerza del Destino" de este Verdi tan a mal traer entre nosotros, cobrarán nuevo sentido y valor.

Queda el problema del repertorio. Evidentemente en nuestro mundo hay una rabiosa reacción contra la música italiana que se explica por el atisgamiento de un repertorio tradicionalmente estancado en ella. Es verdaderamente desconsolador que apenas conozcamos los operetas alemanes algunos de los cuales, tengo la seguridad, gustarían ampliamente a nuestro público. No quiero decir nada de los rusos porque el éxito de L'OPERA PRIVEE" el año último, demostró como están ampliamente al alcance de nuestra "afición".

Creo que una buena parte de los esfuerzos que se vienen haciendo para mejorar el repertorio han sido baldíos por falta de perseverancia. Este año se dió en Chile "Pelleas y Melisande". Casi con certeza podría decir que la ópera no volverá a escena. A pesar de una magnífica interpretación, no gustó al público y los cartones irán a cubrirse de polvo en un rincón del almacén. ¿Por qué no se repitieron este año LO-HENGRIN y TRISTAN E ISOLDA? Nuestro Municipal no debe limitarse a acatar los gustos del público. Creo que el fracaso económico no sería por esto mayor.

Felizmente el público ya se ha dado cuenta de lo descabellado de este propósito de traer grandes cantantes. Fuera de los precios desorbitantes que hay que pagarles, la interpretación resulta dispareja. El dinero que se economice en ellos puede destinarse para mejorar las segundas partes y atender a los decorados.

Esto es lo que tenemos que decir.

## CIRCO

Hubiera querido escribir en este número sobre el circo, espectáculo por esencia popular y donde nuestro pueblo

argóngolas y toda clase de engaños e ilusorios galanteos; y esas lusitanas que ahora llaman "chuscas" son cosas de una plasticidad que sólo puede concebir Iris.

Así todo su libro, desigual a ratos e inconexo en otras ocasiones, abunda, empero, en hallazgos expresivos y en amenos aciertos. Pero, por sobre todo, está su autora, mujer superior como pocas de esta tierra.

En su charla intencionada y fina, con estallidos arrancados de la novela picaresca y ex abruptos deliciosos, vive lo mejor de la espiritualidad criolla. Su actitud deliberada y valiente parece estar en pugna siempre con el colonialismo santiaguino, que aún se arrinconan entre los rascacielos y los avisos luminosos. Iris lleva en su sangre todo el herviente burbujeo de ese colonialismo y en su deseo de redención constante, vive su paradoja y su fuerza. Del pasado le resta su amor y su odio a esta gente espesa y engolada; pero sin la cual no puede vivir. De ese pasado le viene un estilo sabroso con algo de arbitrario y acoriollado, que se revuelve con giros franceses y afrancesados.

Para hacer un diagnóstico del Santiago Antiguo hay que acudir a Iris como a una fuente documental de primer orden. Su anti colonialismo, reverso de su amor inconsciente a los tópicos de esa época, es un estímulo y una fuerza encendida en las alturas de lo ideal. En su apoyo y estímulo muchas féminas han encontrado la fuerza moral para luchar con el ambiente. En su perfil dieciochesco y en su paradójica actitud liberada, los servidores de lo fosilizado un venero de motivos aviesos. Desde el conservador don Pedro N. Cruz hasta el neo catolizante M. Vega, todos le han disparado sus ballestas pesadas.

Pero Iris vivirá y su obra tendrá un sitio serio en la literatura social de Chile. Forma ella un documento inapreciable de una época y un intento de novela cíclica que anima una ardiente fantasía y un estilo ligero y cheispante. En cuanto a la gramática, a la sintaxis y a otras señoras respetables, son cosas que Iris suele dejar en el desván donde duermen los abalorios y chismes de la Santa Colonia.

R. A. L.

# HACIA LA NUEVA VIDA

## EL CUENTO

Héctor Fuenzalida que entra a la Literatura con el cuento que publicamos a continuación, es hombre mozo que parece traer a nuestras letras una cualidad literaria que no es frecuente. Teñido de literatura novísima, lo interesante en él no es la acción real, ni las circunstancias lógicas, sino la gracia de lo imaginado y lo arbitrario. Busca el truco, los hechos más apartados de la vida real; maneja a ratos a sus personajes como muñecos con deliberado designio artístico. Recuerda por el estilo y el humorismo rebucado de las circunstancias, a Giraudoux o a Pierre Girard.

### I

El tren se había detenido. Se oía jadear la máquina adelante. De pronto la puerta del vagón fué golpeada vigorosamente. Un hombre galoneado cacaró: —General Cruz, próxima Arroyos... Anselmo Parodi extendió la vista desolada. Faltaba otra estación. Levantó los cristales de la ventanilla. Habituado a la modorra del convoy, sintió de pronto abrirse sus narices al frescor renovado de la campiña y hundió los ojos en la verdura lejana. El tren continuaba detenido. Lentamente venían llegando unas aviecillas que se posaban en los alambres del telégrafo, y finalmente, un largo retazo de la línea quedó cubierto de aquella guirnalda alada. Pero el brusco pitazo de la locomotora las aumentó hacia todas las direcciones del cielo y del campo. Partían. Volvió de nuevo aquel traqueteo del demonio, saltoncito, mecedor, hipocrita. Los ojos se le humedecían y los miembros sometidos a la rigidez de la poltrona durante cinco horas le dolían en las articulaciones. Aquel estado de convencional inercia en la desenfadada fuga del vapor, le producía una sofocación insostenible. No pudo resistir más. Atravesó el largo pasillo, agarróse a la llave del surtidor y dejó caer el agua sobre las sienes y el ocupacio bufando de encono y satisfacción.

Al volver a su asiento vió que una dama vestida singularmente de negro arreglaba sus maletas en el sitio del frente. Le llamó la atención el tocado de una frescura y novedad extraordinarias. Una mujer condolidada, a la moda.

Con el pretexto de desentender una manta, quedó tendida la conversación en un instante. Se trataba de una mujer sola. Echando una mirada en derredor, pudo darse cuenta que casi toda la gente, en el vagón, se había ido renovando y que estaba rodeado por completo de rostros desconocidos que miraban su aislamiento con una curiosidad hostil.

—Que viaje más pesado —endilgó en voz alta. ¿Ud. viene de lejos?

Ella levantó los ojos negros. —Vengo de la capital. Llegué un poco atrasada a la estación y hasta ahora no había hallado un asiento a mi gusto. A Anselmo Parodi empezó a inquietarle, casi en seguida, el aspecto de la mujer. Podía tener veinticinco o treinta y ocho años. Además, cada vez que el viento colándose aquí o allá, abría alguna brecha en el ambiente tranquilo del vagón, un olor de perfumes medio olvidados; y soñados le arañaba el olfato.

Al llegar a Arroyos, ella miró al través de la ventanilla las extensas llanuras donde, a la distancia, unos puntitos blancos sobre la inmensa alfombra de verdura moviéndose lentamente parecían hundidos en la grana. Palmoteó alegremente cuando descubrió que aquellos puntitos eran unas vacas que pacían sosegadamente... Y cuando volvieron a emprender la marcha, contó azorada no sólo para él, sino para todas las caras que ya le observaban atónitas, que su vida ideal era del campo, que era hija de labradores y que se enorgullecía de una sencilla ascendencia de cretinos vigorosos... Y ya bien entrada la confianza, abrió los maletines ricos en sorpresas para toda aquella gente y de un lado a otro, ante la impasibilidad y atonía general, fué ofreciendo el contenido de ellos, alardeando con la misma facundia de antes, sin que la detuvieran en su empeño, la estupefacción agresiva de los semblantes ni las murmuraciones insolentes bajo las barbasas.

—Señores, —decía enseñando una caja de polvos—. Con elementos como estos una mujer está a salvo de las inclemencias del tiempo y del aire puro y puede conservar su belleza largo tiempo. Como puede dejarlos indiferentes mi mercadería? No son Uds. unos buenos maridos? Eso, aunque murmuren, está a la vista. Todos tienen una cara de buenos amigos. Yo les aseguro la felicidad conyugal. He aquí un espléndido regalo para una buena esposa. Un espléndido regalo al alcance de cualquier bolsillo... Esto vale muy poco... Un peso, dos pesos, tres pesos cincuenta, según el tamaño. Ud. ¿qué decía?...

Era uno del otro extremo. Tomó recelosamente la caja con franjas doradas, la olió, la hizo girar entre sus dedos gruesos, y finalmente se decidió. Fué el primero... Muy pronto se decidieron los demás. ¡Tan bien que olía la extranjería! Después de los polvos vinieron las ligas, las medias, los pañuelos, los cintajos... Todo lo exhibía y lo vendía en un santiamén. Para realzar la calidad de su mercancía hacía de maniquí vivo. No tuvo temor de enseñar más arriba de la rodilla el broche que cerraba las ligas sobre sus piernas bien torneadas. Repartió interjecciones y chascarros, sin temor a las bromas que subían de color y no hubo una greña áspera, que después de cada compra, no recibiera como una bendición el giro de su mano suave, rápida, extraña...

Por la falda del cerro bordeó el tren el desnudo caserío. Allí abajo apretado, compacto, como una osamenta entre una gaza inmóvil y parda estaba el pueblucito olvidado. Una última carrera vertiginosa de descanso, y luego en el largo ecran el nombre de la estación: —Peralillo. Anselmo sacó la cabeza. Le recibía el semáforo con los brazos abiertos en un ademán de grotesca bienvenida.

Abajo en el extenso corredor, tres hombres calzados con gruesas botas de minero, charlaban en forma enigmática. Anselmo descendió del estribo, y ya sobre el suelo firme se sintió pequeño y liviano como un ave. Salió el tren nuevamente.

Vacilante, cargado con las maletas, con el alma apretada avanzó por el camino solo, cabizbajo, desconocido para todo el mundo.

### II

La tarde se iba haciendo fresca. Descendió a la plaza sombreada por encinas y algarrobos. Acudieron súbitamente a su memoria viejos recuerdos. Una estatua de bronce tendida en el polvo de la plaza provinciana, modesta y ridícula en su horizontal, todavía dormía allí con el perfil hundido en la tierra parda, el sueño sin aire, sin gloria y sin sol, del anónimo héroe aborigen. Recordó un día distante de su infancia en que unos hombres sudorosos llevaron el bronce hasta la plaza. Nunca pudo alzarse la estatua. La municipalidad miserable del departamento no había podido satisfacer nunca los gastos de la erección.

Sentía la bondad del agua fresca del hotelillo, y su cuerpo se escapaba poco a poco de la modorra del viaje. Y el alma alerta siempre a las expansiones iba abuecando hacia los panoramas. Y llegó un momento en que aquel pobre cuerpo envilecido en la eterna trasnochada peñiderística, sintióse libre de su carga mortal. Cantaban en la vecina iglesia: una voz de mujer ausente flotaba en los ámbitos del paseo, y era tal el encanto de la hora que aquel hombre profano, casi un maldito, inclinóse y no pudo contener un sollozo que ahogaba su garganta. Pero, de pronto sacudió la cabeza pequeña y adusta por la fatiga, el ralo cabello rucio tembló, y una marchita gudeja pensativa cayó sobre las sienes... ¡No! Atrás fantasmas provincianos: aquella alma hecha para el combate no podía saciarse en la dilatada quietud de los campos. No había venido aquí a enterrecerse, sino a hallar nuevas fuerzas. Irguióse decidido, triunfante. El diminuto pie, calzado suntuosamente como el de una dama dió un golpe violento a la tierra adormecedora y encaramado sobre la exigua talla que sintió multiplicarse, como los tubos de un telégrafo, echó una mirada de desafío a los árboles enormes y fantásticos, y fuése arriba hacia la noche alta. Aquí estaba por su culpa, por su abulia indomable, tal vez perdido para siempre. En torno a él creyó oír el ruido de fragorosas vidas cuyo ejemplo creyó haber seguido un tiempo y justificaba aquello de innoble, de extrahumano, de grande que había en su pereza y en sus sentimientos. Caminó siempre tras de lo grande. Su vida entera era una estúpida aventura estéril que no cristalizó jamás en obra alguna. Todo quedó atrás sin realizarse nunca. Era tan difícil la lucha por la vida! No recordaba un día de completa fuga de su ánimo de las cosas. Abandonando el alma en el rodaje cotidiano, fué educando un acerbo cabaloso, mohinoso, pletórico de un orgullo insano. Este

hombre pequeño, distraído, escuálido, hacía baluarte de su altanería, de su pereza, de su miseria y de su insignificancia. De pronto tornóse asqueroso, sórdido, agazapado... Ensalzó virtudes olvidadas y maldijo de los vicios marchitos. Escurióse de la gente; dobló el umbral de todas las puertas. Frequentó en los abismos solitarios el trato de las sombras y de las encrucijadas. Y de repente ¡záz! un día reventó... Los nervios, aquella polea excitada eternamente hasta el finésí saltó del árbol hecha trizas y hallóse una tarde frente al facultativo lleno de zozoros y de vagas esperanzas. Brillaron irónicamente los oros de unos lentes en la penumbra.

—Vaya al campo... No se agite mucho. Sufre Ud. la enfermedad de los de su raza. Su mal no es tan incurable como Ud. cree. Busque las alegrías modestas y sencillas. Mire con detención los paisajes. Llène de aire fresco sus pulmones y no olvide su Recresal. Guarde y confíe.

¡El campo! No lo odiaba! Lo había andado buscando tanto tiempo en la ciudad! Tanteó con el dedo tembloroso en el mapa hacia el pequeño pueblo provinciano que le vió nacer. Su vida tomó bruscamente un giro inusitado y solemne. Las distancias le parecían insalvables y aquel tranquilo viaje de vacaciones se le obligaba a renunciar de muchas cosas, le provocaba tantas dudas como la partida a países extranjeros... Anduvo en agencias, en gerencias, en despachos, entre rejas, sobre baldosas, resbaló en los encerados de algunas alcobas, se asfixió en los fumios de las redacciones, pensó en él frenéticamente en las horas libres que le prodigaban las letrinas municipales. Y de pronto le hastió tanto todo aquello que huyó dejando sus negocios más enmarañados que antes...

Andaba a grandes trancos. La sombra se había extendido súbitamente y en aquella sombra parecía un enorme pájaro debatíendose a grandes alzetazos. De pronto, como le ocurre a los débiles, la certidumbre de su insignificancia le daba extraordinarios bríos. ¿No había batallado siempre para llegar a ser esto? Constató que le había visto crecer, tal como veinte años antes saliera con otros destinos. Pero había quedado mudo. El hotelero tampoco quería reconocer la derrota. No; no era el mismo; no volvía sobre los pasos andados: de aquí con las alas extendidas, libre de todo ya, definitivamente libre, estaba sobre el abismo, listo para emprender el vuelo.

Bruscamente sintió una conmoción recia en la nuca. Tuvo la impresión de que caía hacia lo desconocido impulsado por una mano invisible. Sintió un segundo los pies libres; del contacto de la tierra y hallóse de pronto abrazado al polvo y al hierro. ¡La estatua! Se quedó un rato inmóvil, allí tendido, con la zarpa enhiesta sobre los flancos rígidos. Lloraba como un niño y la noche había caído intensamente.

### III.

Inclinado en una actitud de confianza, de amistosidad cerril, buscaba en los ojos claros del hotelero, la súbita llama de confraternidad, de buenos amigos, aquel brillo desinteresado que ya no prodigaban los ojos de los hombres. En balde veía cerca las botellas altas, los sifones panzudos y testimoniaba su olfato el olor picante de la fermentación que se expandía desde el corazón de las garrapas. Nada de eso le infundía bienestar. Pero hacía un esfuerzo desesperado.

¿Lorenzo Arce? ¿Rodolfo Guerrero? ¿El loco de Martínez? El ñato Solano tan amigo de las mujeres, tan resbaloso y ladino?

Seguían los ojos confusos del hotelero ante aquella lista.

—Bueno es que no viven ya? El hombre tuvo un gesto magnánimo. No ¡Quién decía eso! ¡Claro que podían vivir! Pero él no los conocía. No tenía idea de tales señores. Siempre llegaba gente nueva y la que había se iba doparramando quién sabe por dónde. ¡El campo! ¡El campo! Las pupilas del hombre de un color pardo terroso guardaban la expresión desalentadora de la inmensidad desolada. Y Anselmo sintió terror. Donde estarían aquellos rostros? Ya no los vería nunca más.

Al frente tenía el espejo. Se abría hacia el fondo de él, difusamente, el pequeño ambiente del refectorio, las mesillas anónimas, las sillas mudas que afectaban en los huecos, de hacía tiempo, conversaciones sigilosas. Y en las paredes los anuncios opacos donde espuma la cerveza y sonríen aldeanos de carnaval. Y vió destacarse su faz descolorida, tan violentamente en contraste con todo aquello, que, para reconocerse, tanteó con la mano trémula las facciones desconocidas. Aquel contacto le inspiró un sentimiento parecido al asco. En muchos espejos como éste había visto otras veces aquel mismo rostro, sorpresivamente erguirse de las cosas como otra cosa difusa y fantasmagórica y espantábase la insensatez de las proporciones: la frente extraordinaria, la mejilla lacia, hundida; la boca agría, espesa, despechada de ser boca y la barbilla adolescente, en una edad inferior. Y se escapaba esta tendencia innata en su espíritu de fatídica aureola de príncipe y de mefistófeles, de bufón y de arcipreste. Tuvo un pensamiento trágico:

—Aquello no había vivido nunca. Se había quedado mudo. El hotelero tampoco quería reconocer la derrota. No; no era el mismo; no volvía sobre los pasos andados: de aquí con las alas extendidas, libre de todo ya, definitivamente libre, estaba sobre el abismo, listo para emprender el vuelo.

Desde el umbral miró en la calle la resolana que avanzaba recortándose en los bordes erizados de la sombra. La mañana era fresca e invitaba a salir. El pueblo había mejorado algo con el tiempo. Tenía aceras bien delineadas sombreadas abundantemente por antiguos aleros de teja y barro. Pero en la tarde estaba aburrido y decepcionado por completo y resolvió no salir. Sentía el pulso algo agitado y tanteaba con el pulgar sobre la muñeca el tic-tac siniestro que venía desde el fondo de su ser. Uno, dos, tres, cuatro. Los segundos eran angustiosos. Empezaba a maliciar que la calma y la soledad le infundían otra cosa más peligrosa que la neurténia: el espanto de sí mismo. Se hallaba acomodado en una mesilla con un refresco al frente, y miraba por la puerta, tristemente, el paso de los escasos transeúntes cuando una sombra ligera llegó hasta el medio de la estancia. Era una dama de luto. Reconoció al instante la mujer del tren.

—Necesito hablar con Ud. —le dijo, acercándose, en un tono misterioso. Anselmo, levantándose, sonrió con un ademán afirmativo y se dispuso a oír con atención. Entraba un hombrecillo cargado de maletas. La mujer le ordenó:

—Suba el equipaje a la habitación de este señor. Anselmo volvió a sonreír, esta vez muy sorprendido, y con acento de complacencia, le ofreció el asiento del frente.

—Mi abuela se muere esta tarde. Ha perdido por completo el conocimiento y está literalmente ilógica. —empezó ella sin demostrar emoción alguna. —Se perfectamente que soy la única heredera legítima. Mi madre abandonada murió hace algunos años. Mi padre falleció de una apoplejía. Disipó su vida en una multitud de aventuras comerciales. Vivía de su ingenio, confiado de su fuerza para el vicio. No supe nunca de él por qué abandonó, apenas hubo nacido, a mi madre. Creí reconocerlo en una noche de farra, en la persona de un viejo beodo que se obstinó en bailar conmigo. A no haber sido por su carácter imposible, que me obligó a ser dura con él, y a rechazar sus torpes caricias, me habría hecho amiga de él. Después, cuando supe su nombre, temblé de pensar que había estado a punto de ser su querida. —Sufrió una larga enfermedad nerviosa a consecuencia de esta desgraciada aventura.

Se interrumpió con un profundo suspiro. Luego continuó decidida: —Conozco el testamento de mi abuela y sé que soy la única heredera. Pero tengo una contrincante, y es la criada que cuida a mi abuela. Esta mujer está encariñada hasta tal punto con lo de la vieja que pretende que todo es suyo. Por lo demás hay una cláusula del testamento que la favorece ampliamente.

Anselmo miraba a la mujer con nuevo interés. El aire fresco del pueblo empezaba a templar sus nervios. La veía distinta, más nítida. Notó que no tenía los ojos negros: eran verdes muy oscuros. Los dientes eran hermosísimos. La voz grave, con entonaciones a veces muy altas y otras tan baja como la de un hombre, daba un color extraordinario a lo que decía.

La mujer bajó la cabeza algo azorada por la intensa observación que era objeto y guardó silencio unos instantes.

Luego echó una mirada a la puerta y continuó, serenándose: —La cláusula en cuestión dice que en caso de no comparecer la nieta a la lectura del testamento, la herencia quedará en poder de la criada hasta que ésta aparezca. Además, si se supiera que la nieta hace mala vida, quedaría definitivamente exenta del goce de la herencia. Y concretó pesadamente: —De otra manera soy rica.

Explicó profusamente, en seguida, que en el predio de la abuela se había descubierto unas minas de plata que se iban a explotar pronto. La sociedad, en la cual se invertirían gruesos capitales, hacía de la heredera una fuerte accionista. Anselmo tuvo un gesto doctoral. —Perfectamente. Ella prosiguió. —Necesito dos testigos que acrediten mi honorabilidad. Anselmo murmuró: —Perfectamente. Levantó el pie y lo cruzó sobre el otro; luego con la mejilla afirmada en la palma de la mano, lleno de interés, se dispuso a aceptarlo todo. —Y el otro testigo? —preguntó. —Vaya! Qué poco listo! No cae Ud. quién es? —Pues, no caigo. —Bien. Uno es Ud. y el otro es Pernambuco. —¿Pernambuco? ¿Quién es Pernambuco? Ella lanzó una carcajada. Anselmo apreciaba en ella la frescura de su temperamento variable y optimista. Y su ánimo súbitamente, sentía también el deseo del retozo tan necesario para su higiene total. La mirada de la mujer tan pronto se hacía irónica, como parecía indagar con seriedad el consorcio de la persona que tenía al frente, como si solicitara su asentimiento para seguir discutiendo.

—Debí haberle explicado. Pernambuco es el hombre que entró con las maletas. Es tan corto de genio que no se atreve a volver. Lo hallé en la estación y oí que le llamaban así. Por lo demás es muy servicial y se gasta modales de gran señor. Volvióse bruscamente. —¿Pernambuco! —gritó. En efecto, el hombre debía estar delante de la puerta, porque compareció al instante. Y lo hizo mal. Anselmo no dejó de apreciar su confusión. Era un ladronzuelo de baja estatura, encorvado, con una cara de malicia y de rufián acentuadísima, lo que no era obstáculo

para que cualquiera persona que lo viera lo estimara como un hombre servicial y simpático. Carecía de edad, de condición y de ambiciones aparentes. La barba entrecana, que le cerraba las mejillas siniestramente, le daba un aire de persona conocida, y el modo de mirar hondo y malicioso hacía fluir de su rostro estereotipado por la fatiga y la fiebre del sol una vitalidad escondida, agazapada, dispuesta al ingenio y a la acción violenta.

Ella le miró de alto a abajo con satisfacción. —Este es nuestro hombre, —exclamó. Anselmo le observaba con interés. Había algo en el rostro de aquel ladronzuelo que le agradaba en extremo. —Ahora debo explicarle quién soy yo, —dijo ella—. Creo que Ud. se llama Anselmo Parodi y es periodista. Pues bien, yo me llamo de tres o cuatro maneras y soy, a la vez, otras tantas cosas. Ahora opto por mi nombre de pila. Llámeme Rufina. A veces soy tonadillera, otras, oficial en casas de moda, agente de avisos, dactilógrafa, estenógrafa, contadora, masagista, manicure...

En ese momento, tres hombres altos entraron en la estancia. Uno de ellos usaba un gran chambergo gris, tenía los carrillos rosados y los ojos amarillos muy vivos y autoritarios. Calzaba unos zapatos de cuero grueso de altas cañas y llevaba pantalones de equitación. Podía ser minero o empresario de circo... Los otros vestían en la misma forma y eran delgados, enjutos y morenos. Se destacaron con gallardía campeña y echaron los sombreros sobre el mesón.

El más grande gritó: —¡Whisky! Los otros dos, callados, accedieron sin mover un músculo de la cara. Tenían las mejillas hundidas, la greña hirsuta y despedían un olor a caballo con embrocación.

El hotelero se esmeraba en atenderlos con prontitud. Luego que hubieron bebido el whisky el que hacía de jefe dió órdenes: —Ud. Gutiérrez va ahora al tren de las cuatro a esperar a Mr. Baxter. El viene con todos los instrumentos de las mediciones. Nosotros nos vamos a "los Maitenes" mientras tanto, y los esperamos; allí esta misma noche. Procure ser atento con el gringo. Se estrecharon la mano y salieron los tres con direcciones distintas. Apenas hubieron abandonado la es-

## A P A R E C I O

### Propos sur Rimbaud, por Lord Jim

Primer folleto de la serie ARTE Y LITERATURA

En este folleto el autor explica algunos aspectos culminantes de la poesía de J. A. Rimbaud, uno de los primeros poetas franceses, de grande actualidad.

Los accionistas de INDICE tienen derecho a un descuento de 25 por ciento sobre el precio de venta. Basta con hacerlo presente así a la Administración.

PRECIO DEL EJEMPLAR: DOS PESOS

### SOLICITARLO EN TODAS LAS LIBRERIAS

tancia. Rufina se precipitó sobre el mesón y preguntó quienes eran los desconocidos. El hotelero le respondió con un desdén afectado que el caballero "grande y colorado" era el que promovía los negocios de las minas de "los Maitenes" y que no conocía los hombres que le acompañaban.

Acababan de oír esta respuesta, cuando un chico se presentó en la puerta. Desde el umbral, haciendo hueco con las manos gritó tres veces hacia adentro:

— ¡Putal! ¡Putal! ¡Putal!

Rufina miró el reloj pulsera con tranquilidad como si nada hubiera oído y se quedó pensativa un momento.

Bruscamente se volvió hacia Anselmo. Lo asió con fuerza, lo estrujó entre sus brazos poderosos, y le dió un be-

so en plena boca que lo hizo tambalearse. — Debemos ir al Registro Civil inmediatamente. — le dijo con una voz ronca.

Anselmo pudo observarla nuevamente. La mujer tenía un aspecto tan autoritario que él se sintió replegado hasta la última encrucijada de su sé-

Estaba sobrecogido de vergüenza y a la vez sentía aplastado por el beso de la mujer. Oh! Así besaría siempre! Y le proponía casarse inmediatamente! Anselmo Parodi con los brazos caídos, inerte, amaba una duda terrible entre el índice y el pulgar de su diestra. Y no le quedó tiempo para discurrir...

Fué arrastrado violentamente. Anduvo aturdido por todas partes. Después de la ceremonia del matrimonio recibió las felicitaciones del oficial del registro

civil que le reconoció con muestras de viva emoción, enunciándole la lista de su parentela, mientras tosía y estornudaba como un quiltro aterido. En su aturdimiento, su conciencia no sabía si demostrar alegría o temor. Era un ente, era un pelle. Asistió de riguroso luto a los funerales de la abuela, difunta al fin, realizados con bulla inusitada. Frente a la tumba derramó una gruesa lágrima circunstancial y lució un pañuelo bordado de luto con sus iniciales. Pero en medio de su confusión empezó a sentir un doble germen de optimismo: amaba y era rico.

— Rico. — se repetía. Ya no hay dudas, no hay problemas...

Y como bordeaba los treinta y cinco años, se dejó la barba de su abuelo.

HECTOR FUENZALIDA V.

## NUESTRA PAGINA DE VULGARIZACION

A consecuencia del exceso de material del presente número no podemos ofrecer a nuestros lectores la acostumbrada página de vulgarización científica que proseguiremos en el próximo número con el interesante trabajo de síntesis de Francisco Frías.

También en el próximo número informaremos ampliamente a nuestros lectores sobre las últimas conferencias de "Indice" que con los de don Pedro León Loyola sobre Ciencia en la Antigüedad, de Manuel Rojas sobre las condiciones de la vida literaria en Chile, de Rafael Cabrera Méndez sobre "El matriarcado" y de Lord Jim sobre "Psicología de la Discusión".

# INDICE

Necesita para desarrollar su programa cultural,

1,000 SUSCRITORES MAS  
MIL SUSCRITORES

¡¡SUSCRIBASE SIN TARDANZA!!

DIRECCION POSTAL:

CLASIFICADOR 24-A — SANTIAGO

Si mejoran nuestros medios, mejorará también la acción cultural que queremos realizar

CONFERENCIAS Y CURSOS INDICE

REVISTA INDICE — CUADERNOS INDICE

# REINCIDENCIAS DE DON SAMUEL A. LILLO

Recientemente se ha producido un caso insólito en el ambiente literario de Chile. Un escritor, cuya carrera abarca ya treinta años o más, publica un libro que merece serios y bien fundamentados reparos de la crítica. Contrariamente a lo que había hecho hasta ahora — disimular la mala impresión que esas observaciones pudieran naturalmente provocar en su ánimo y mantener hacia sus autores una relativa cordialidad, basada por lo menos en la cortesía — funda una revista para insultar a quienes se han atrevido a escribir "irrespetuosamente" sobre su libro y a otras personas que no han cometido siquiera ese delito (?). Para que la revista no parezca una callampa, aislada en el campo, le consigue cooperadores financieros. Y desde ella comienza a disparar sus tiros a cuantos lo han "ofendido" o guardan respecto de él una actitud vigilante que no es precisamente de adhesión, pero que tampoco parece de crítica. Este grave hecho debe ser analizado en algunos de sus diversos aspectos. Tal es el objeto de este artículo.

1.— Mis relaciones personales con don Samuel A. Lillo, que es la persona a quien se refieren estas observaciones, remontan a más o menos ocho años. Fueron siempre relaciones cordiales, en que la diferencia de edades no pudo poner jino simpatía. En las reuniones del P. E. N. Club, por ejemplo, el señor Lillo saludó muchas veces con cortesía a quien estas líneas escribe. En reciprocidad, yo mantuve hacia el señor Lillo una actitud de afecto. Su literatura no era una cosa que me conmoviera muy profundamente, pero tampoco me chocaba de manera muy viva. Tal es el balance de las opiniones que en diversas circunstancias me tocó manifestar sobre la obra del señor Lillo, tanto en artículos periodísticos como en un curso de Literatura que profesé el año pasado en el Liceo de Niñas N.º 1. Sobre este último hecho, del cual hay constancia escrita en mis apuntes inéditos de dicho curso, pueden dar detalles precisos las señoritas Elsa Palacios y Aura Guzmán, que asistieron en calidad de oyentes a esas clases. Todo parecía indicar, pues, que el señor Lillo seguiría siendo por mucho tiempo un cordial amigo del que suscribe. Así lo esperaba yo, no porque la obra — vuelvo a decirlo — del señor Lillo me entusiasmara, sino porque me parece que la diferencia de opiniones literarias no debe ser suficiente motivo para entorpecer una relación personal. El hombre y el escritor deben separarse todo lo que se pueda. Claro está, si en un artículo, su capa de crítica, se deslizan referencias personales, el criticado tiene perfecto derecho a cortar relaciones amistosas con quien de esa manera se hace indigno de ellas. Desafío a que el señor Lillo encuentre en cualquiera de los artículos que he escrito sobre él nada personal, nada vedado

2.— Poco después el señor Lillo publica su libro sobre la literatura chilena, y comienza el lío en el cual todavía está empantanado. Como en ese libro se hacen algunas alusiones fuertes, encofnadas, contra mí, juzgué prudente abstenerme de escribir sobre él. Son testigos de esta actitud mía don Carlos Silva Vildósola, Roberto Meza Fuentes, Rafael Maluenda, Ricardo Latcham, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Mariano Piñón-Salas y otros escritores más, a todos los cuales manifesté que no escribiría sobre el libro del señor Lillo a fin de que no se viera en mis observaciones una reacción del desprecio. La prueba de que yo tenía la razón al proceder así la ofrece el señor Lillo en su gruesa ofensiva contra Hernán Díaz Arrieta (Alone), Manuel Vega y algunos más de los que han escrito sobre su libro. No ha podido comprender que el crítico examine en su libro los aspectos falsos, errados y antojadizos, sin hacerse cargo de la opinión que el autor exhibe en ese mismo libro. Sin embargo, los exámenes de la crítica no han podido ser más objetivos y documentados. Cada uno de los que han opinado sobre el libro del señor Lillo

ha tenido cuidado de ir acotando errores y citando los deslices de la pluma del infatigable secretario del Ateneo. ¿Quiere esto decir que el señor Lillo esperaba que sus errores pasaran inadvertidos a los ojos de sus críticos? A pesar de la indocumentación que achaca a cada uno de los críticos, la verdad es que el indocumentado resulta el señor Lillo. Ninguno de los ataques a su libro ha sido inspirado en meras divagaciones; nadie se ha detenido a decir que el libro es condenable por las ideas generales que en él pudieran observarse o por la orientación errada que imprime a la historia literaria. Todos, en cambio, han ecogido en el vasto disparatario que es esta "Literatura chilena con una antología contemporánea" (1) unos cuantos errores de bulto. Hernán Díaz Arrieta compara las opiniones que merecen al autor dos seres literariamente tan distintos como Pedro Prado y Tomás Gatica Martínez. Ricardo A. Latcham cita en su artículo de "Atenea" muchos errores de fechas, de datos, de documentación en fin, que todos los lectores pueden verificar. Manuel Vega y el Bachiller Audaz hace otro tanto. Ultimamente Angel Cruchaga Santa María también ha citado errores de bulto en las páginas de la "Revista Chilena". En suma, los reparos de la crítica han sido fundados en hechos, sostenidos por la realidad y en general casi no se han referido a materias opinables sino a lo tangible. A mí, en efecto, no me importa tanto que el señor Lillo tenga una exagerada opinión de sí mismo o de sus colegas de Ateneo. Lo que me importa en su libro, que aspira a la circulación escolar, es todo error de fecha, todo dato errado, que hará curso entre quienes, menos documentados todavía que el señor Lillo (aunque esto parezca ya hipóbole extravagante), no puedan rectificar la lectura. Eso es lo grave, eso es lo que se debe sujetar.

3.— Conviene sin duda decir algo más concreto sobre esta "Literatura chilena" que ha dado tanto que hablar. Dije más atrás que el motivo por el cual no escribí oportunamente sobre el libro del señor Lillo era que en la parte relativa a los críticos se hacían alusiones a mí. Para que no se crea en un mero delirio de persecución de mi parte, citaré los trozos en cuestión.

"Hemos visto llegar a las redacciones de los diarios y revistas a jóvenes que, no habiendo sido capaces de continuar sus estudios, han sentado plaza de periodistas y, lo que es más curioso, de críticos de letras y artes". (Pág. 570)

Efectivamente, interrumpí mis estudios de Humanidades al final de ellos y no tengo ni siquiera el grado de bachiller. Esto es imperdonable para quienes

(1) Escribo este nombre con beneficio de inventario. Para el señor Lillo forman parte de la literatura chilena los trabajos científicos de don Carlos Porter, los militares del señor General Téllez, etc. ¿Dónde comienza y dónde termina la literatura? Es lo primero que debía haber precisado el señor Lillo.

nos juzgan el saber y la inteligencia de un hombre por los títulos que posee.

Sin embargo, ¿se ha detenido el Sr. Lillo a considerar cuáles pueden ser las razones por las que un joven interrumpiera sus estudios? ¿Será siempre la "incapacidad" la causa? Acepto, sin embargo, el parangón de cualquier bachiller y creo que en materias literarias hay muchos alumnos del Pedagógico y muchos profesores de Castellano titulados en el mismo establecimiento que no serían capaces de sostener la comparación. Hay estudios de todo género, y los que yo he hecho fuera de las aulas creo que tienen alguna importancia.

Y estos jóvenes críticos, con una encantadora confianza en sí mismos, suelen hacer algunos curiosos descubrimientos. Como un ejemplo típico, podemos dar el de uno, que hace poco dió a entender que era el inventor de una vieja clasificación de las novelas, conocida de los profesores de literatura y de la cual hablo, con una pequeña diferencia de nombres, hace más de cuarenta años, un notable novelista francés en el prólogo de su libro "Pedro y Juan". (Pág. 571).

Esto va conmigo, que publiqué en "Atenea", a mediados del año pasado, un estudio titulado "Novela, estilo y teatro", en que se hace la división de la novela que el señor Lillo cree copiada de Maupassant. Al decir esto, el autor cree que asienta suficientemente el hecho de que yo no haya leído a Maupassant; la noticia sobre su división de la novela me habría venido, pues, por interposición peñosa y yo, por ignorancia, la habría creído nuevamente mía. La verdad es, sin embargo, que leí íntegramente a Maupassant cuando era estudiante del Instituto Nacional, hace ya once años, en la biblioteca del establecimiento. Carlos Valdés Vásquez, que en ese tiempo era empleado allí, puede atestiguar este simple hecho. Por lo demás, no pretendo haber descubierto nada original, nada nuevo, porque en literatura me parece que ya no se puede descubrir nada sino matizar con el estilo de los nuevos tiempos lo que desde antiguo corre y circula como moneda de cambio. Cada generación que llega a la literatura debe hacerse definiciones, plantearse y resolver problemas, a fin de fijar su posición frente a los hechos literarios. Es lo que intenté hacer con el estudio citado y lo que sigo haciendo con algunos otros que publico de cuando en cuando. No aspiro, pues, a remover el mundo con mis escritos; quede pretensión tan alta para los miembros del Ateneo y otras corporaciones igualmente hediondas a cadaverina.

Después de estas alusiones lo lógico era callar, y callé. ¿Por qué no callaron los demás? Habría sido tal vez lo acertado, puesto que los disparos del señor Lillo, no especificados sino en unas cuantas alusiones y de alcance muy general en lo demás, tendían a producir en todos ellos el justo resquemor del ataque personal. No lo hicieron por razones muy simples: tenían la obligación periodística de escribir, y escribieron. Si Hernán Díaz Arrieta, por ejemplo, hubiese querido mantener la ac-

# EL MES ARTISTICO

## EXPOSICION GRIGORIEFF

A disgusto de mucha gente, vuelve a llamar la atención de nuestros círculos artísticos el nombre del egregio pintor ruso Boris Grigorieff. El grupo más valioso de artistas, críticos y gustadores nacionales lo consideran como de la casa. Le abren las puertas de par en par y se sienten honrados con su presencia. No así un oscuro cenáculo criollo que desde un oscuro rincón se le encara y le hace gestos hostiles. Pero no importa, no hay que hacerles caso, porque, digámoslo de una vez, no se trata de gente viva. Son las estatuas pegadas a la muralla, son las viejas figuras pintadas hace 50 años que se rebelan contra la evolución del tiempo, con sus voces seniles y sus ademanes de ictericos. Bienvenido, pues, Grigorieff con su grupo de naturalezas muertas y paisajes exhibidos en la sala Kouscheleff de la calle Teatinos.

El arte de Grigorieff tiene difícil cabida dentro de las escuelas predominantes en el arte contemporáneo. Ha elegido una forma que recuerda a los primitivos italianos y flamencos. Sin embargo, sus telas son inconfundibles. De técnica sabia, de variada estructura, tienen la unidad, además de su temperamento tan genuinamente ruso, de lo moderno, que en pintura se caracteriza por huir de lo romántico, de lo literario y de los escorzos fugitivos de la luz. Los tonos surgen recios, oscurecidos a la par que exhuberantes, (las figuras aparecen recortadas sobre un fondo accesible). Sin embargo, hay diferencia entre el Grigorieff de los paisajes y el de las figuras. En éstas se realiza plenamente y es más

original. En cambio en los paisajes se presenta algo difuso. Lo que tenemos que ensalzar especialmente en esta exposición es un paisaje y dos o tres naturalezas, entre las cuales sobresale la del pescado. Se ve como en un fondo marino, el colorido es rico, profundo; la concepción y la técnica, del todo originales.

## LOS ARTISTAS CATALANES SUBIRATS Y SOLER

Cuando estos artistas inauguraron su exposición de carbonos y bustos en nuestra ciudad, los críticos de la prensa fueron casi unánimes en tributarles sus elogios. Uno de los juicios más concretos que se dieron al respecto fué el de que dichos artistas habrían venido nada menos que a descubrirnos artísticamente. Bien examinado este aserto vemos que encierra casi toda la verdad. Por otra parte ¿qué de extraño tiene que sean dos extranjeros (al fin y al cabo extranjeros de nuestra raza) los que vienen a descubrir nuestro material artístico, cuando social, filosófica y literariamente nos han descubierto Waldo Frank, Keyserling y Ortega entre otros?

Fuera de algunos intentos aislados y superficiales realizados por algunos artistas chilenos, entre los cuales debe mencionarse, sin embargo, a Carlos Isamitt, que trajo hace poco una copiosa documentación de arte fueguino, no ha habido en nuestro país tentativas serias para descubrir un tipo racial que pueda servir de base a la realización de un arte castizo. Esto es lo que han logrado casi completamente los artistas catalanes

Ramón Subirats, dibujante, y Urbici Soler, escultor. Venciendo todas las dificultades inherentes a su calidad de extranjeros, al clima y al ambiente, estos buenos artistas han logrado traernos, cada cual en su ramo, verdaderas revelaciones, tanto por su valor documental y étnico como por el artístico.

Ramón Subirats es un eximio dibujante. Sus dotes sobresalientes, son el gran realismo que sabe comunicar a sus figuras, la delicada matización que consigue con sólo luz y sombra; sabe penetrar en el alma de sus tipos, dando la exacta expresión psicológica del rostro. Su técnica es de un estilo tradicionalista, con un dejo de los españoles contemporáneos — Zuloaga, Romero de Torres, Zubiaurre. — Sin embargo, como Subirats es catalán, es decir, más "europeo" que los demás españoles, resalta mucho al detalle verista que caracteriza al arte español y comunica a sus figuras cierta claridad y sencillez que es nobleza.

Urbici Soler es un escultor digno de grandes elogios. Concepcionalmente este artista idealiza más las figuras que Ramón Subirats. Antes de lo típico, de lo documental, busca la fuerza, el puro valor plástico de los motivos. "Caupolicán" es su obra más representativa; se ven en ella el vigor y fuerza expresiva que sólo los artistas que dominan plenamente su arte pueden realizar. Igualmente bella nos pareció su cabeza de "Guacolda", hecha en líneas suaves y planos sencillos, denotando a través de la obra la gracia de un fino temperamento artístico.

ISRAEL ROA. — Este muchacho, joven de unos 22 años, está a punto de ser una realidad para nuestra pintura. Pintajista por excelencia, demuestra una gran capacidad para el estudio, para la investigación directa sobre el motivo, el cual escoge con rara habilidad y buen gusto. Usa un color cálido; amigo de los dorados, de los vermellones y de los pardos, es decir, luz y fuerza de nuestra tierra que hecha sensibilidad, lo cobija en la extirpe eximia de don Juan Francisco González. Pero él se arranca de todas las influencias, no reconoce escuelas, se sigue espiritualmente a sí mismo. Dos o tres figuras que presenta, son un acierto; no descuida la forma, la luz cae bien matizada sobre los planos constructivos y hay cierta prestancia propia de los retratistas de calidad. Estamos seguros que en pocos años más de ejercicio artístico este prometedor muchacho nos dará obras con más fuerza y sugestión de colorido, que es a nuestro juicio lo que le falta para entrar a la madurez de su arte.

COLECCION ALVAREZ URQUIETA. — La escasez de espacio no nos permite comentar en este número tan ampliamente como hubiéramos deseado, el interesante conjunto de Alvarez Urquieta que se exhibió como uno de los números principales en la celebración del cincuentenario de nuestro Museo de Bellas Artes. Adelantamos, desde luego, que dicha celebración constituyó un acontecimiento artístico y social de primera nota. Su éxito debióse principalmente a la activa labor realizada por su jefe, el talentoso artista Pablo Vidor.

JOSE MANUEL SANCHEZ

## (De la vuelta)

titud de silencio que yo mantuve (2), el director de su diario podría, con justicia, haberle reprochado que no diera cuenta de un libro nacional que comenzaba a correr. Otro tanto cabe decir de Manuel Vega. Claro está: el procedimiento que ha puesto en práctica el señor Lillo es el mejor. Si se insulta a todos los críticos, en general, en un libro y el juicio que estos críticos pronuncian luego contiene algunos reparos, se proclama a voz en cuello: "Fulano escribe contra mí, porque siente despecho por lo que dije de él y sus colegas". Yo no sé si es este el procedimiento más correcto. Lo anoto y paso.

El señor Lillo se equivoca profundamente si cree que la omisión de un nombre de crítico en su libro ha podido producir en el ánimo de cualquiera de ellos una sensación desagradable. De mí sé decir que no podía esperar semejante honor (1) por la muy simple razón de que hasta el momento de la aparición de ese libro no había publicado ninguna obra. La labor vollandera de los diarios y de las revistas no es suficiente, salvo casos muy calificados.

(2) Armando Donoso tampoco escribió sobre el libro del señor Lillo en "El Sur" de Concepción, donde semanalmente informa de cosas literarias de actualidad a los lectores pencones.

para cimentar un juicio sobre la importancia o la nulidad del trabajo de un crítico. Lo que vale es el libro, y cuando apareció esta "Literatura chilena", vuelvo a decirlo, yo no había publicado ninguno.

4.— Luego ha venido la publicación de "El Ateneo", la revista que el señor Lillo ha fundado para atacar a quienes criticaron su libro. Es curioso y creo que merece detenido examen. No sé que haya otro caso en la literatura chilena. El señor Lillo parece creerse víctima de una persecución sistemática: de otro modo no se explica esta peregrina e indefendible actitud. Se necesitan dosis de soberbia y de ensimismamiento muy grandes para colocarse en esta situación. Para el crítico la defensa, por el autor, del libro criticado es generalmente incomprensible. Júzguese cuánto menos comprensible resultará ver a un hombre crear una revista no precisamente para defender un libro sino para atacar a quienes lo censuraron.

Para el señor Lillo todos los críticos chilenos son mendaces, todos son injustos, todos indocumentados. Lo más que acepta es algún matiz de diferencia entre Fulano y Zutano. Basta exponer esta apreciación tan antojadiza para darse cuenta de su absurdidad.

"El Ateneo" se ha colocado rápidamente, con rapidez de que todos nos he-

mos justamente sorprendido, en el terreno vedado de las alusiones personales, de los insultos solapados o francos, pero que siempre miran más a la persona que a la obra (3). Comprendo perfectamente que a un escritor se le hagan reparos por sus escritos, y al decir escritores me refiero también, naturalmente, a los críticos. No comprendo en modo alguno que se le echen en cara rasgos de índole personal y extraliteraria. El señor Lillo ha mantenido durante treinta o más años el disfraz de hombre de bien; se ha hecho llamar caballero; se ha esmerado en dar muestras de cordialidad a todos los escritores que se allegaban a él en demanda de ayuda y protección. Su actuación frente al Ateneo de Santiago así lo prueba. Claro está que los escritores que últimamente se han acogido al Ateneo no valen nada ni pesan en la literatura chilena; pero eso no es culpa del señor Lillo, que con todos ellos ha cumplido como bueno. Pero de pronto esta actitud cambia. El señor Lillo se convierte no ya en un sér agresivo, cosa que sería triste, pero no reprochable, si

(3) Invito a mis lectores a repasar los dos primeros números de esa inmundada revista que nos retrotrae a otros tiempos, menos cultos, de la prensa chilena. En su género es una resurrección del "José Arnero", desprovista, eso sí, de la gracia criolla innegable de ese periódico.

no en un injusto insultador gratuito de media humanidad. Esto naturalmente nos produce compasión.

Vemos en él el proceso de la decadencia, y no podemos sino considerar su actitud actual como una muestra anticipada de senilidad. En efecto, los sesenta años que ha cumplido el señor Lillo no parecen suficientes para hablar de los fenómenos que son cortejo inevitable de la senectud. Mas sus actitudes de ahora prueban muchas cosas. Una de ellas la exaltación senil del yo, que si el señor Lillo no cuida a tiempo, puede llevarlo muy lejos.

Acentuamos, pues, nuestra compasión por él, y si es posible que llegue a su espíritu la normalidad perdida, deseémosle de todo corazón. Al fin y al cabo, la etapa de hoy puede ser transitoria. Una vez desaparecida, las heridas que haya causado lentamente cicatrizarán. Lo demás — los versos pedestres, los sonsonetes patrioterros, los estribillos autóctonos, las metáforas frustradas — no es en realidad suficiente para preocuparnos tanto como el espectáculo lamentable de un hombre que olvida sus canas para hacer piruetas de poseído en la cuerda floja de su despecho, de su inquina y de su odio salvaje.

RAUL SILVA CASTRO